REZAR 15 DÍAS

con

MARÍA RIVIER

Fundadora de la Presentación de María

por Daniel Coffigny

Nouvelle Cité

LA VIDA DE MARÍA RIVIER

María Rivier nació el 19 de diciembre de 1768, en el Sur de l'Ardèche, cerca de Aubenas, en el pueblo de Montpezat-sous-Bauzon. Fue la tercera hija de María Ana Combe y de Juan Bautista Rivier.

El 21 de diciembre, la bautizaron en la iglesia de Nuestra Señora de Prévenchères. A los 16 meses, una caída paralizó su crecimiento y la impidió andar. Su mamá, mujer de fe y mesonera muy ocupada, confió a Marinette a Nuestra Señora de la Compasión, dejándola en la capilla de los Penitentes, muy cerca de la casa de los Rivier. ¿Qué misterioso diálogo se establece entonces entre la Virgen de la Piedad, Madre dolorosa con el Hijo muerto en sus rodillas, y esta niña dejada allí, a sus pies?...

Hoy la Santísima Virgen me curará, decía diariamente.

Todo el itinerario espiritual de la que será la Fundadora de la Presentación de María ¿se encontrará ahí como, en síntesis, en esos cuatro años fuente y en esas horas en las que una niña, que no se aburre nunca esperando su curación, mezcla contemplación, súplica y promesas? La curación llegará cuatro años más tarde, el día de una fiesta mariana, el 8 de septiembre de 1774.

A los 6 años, María quiere consagrar su vida a Dios. Ha oído la vida de los santos durante las largas veladas. La de los Padres del desierto le ha llamado poderosamente la atención. También ella quiere *ir al desierto para rezar a Dios*. Con un pan de centeno bajo el brazo, deja la huerta paterna y coge el camino bajo los castaños. Muy pronto la hacen volver a casa, pero guardará en el corazón el gusto por la soledad.

Esta niña arde en el deseo de comunicar su experiencia de Dios catequizando a los niños del vecindario. Esperaba así la hora de realizar la promesa hecha a Nuestra Señora de la Compasión: ***Te recogeré niñas, les daré clase y les diré que te amen.***

En 1780, María, para instruirse, fue al internado de Pradelles (Haute-Loire) con las Religiosas de Nuestra Señora. A los 17 años pidió allí su admisión para ser religiosa. Su pequeña estatura y su deficiente salud eran un obstáculo y se la negaron. Entonces dijo: ***Puesto que no me quieren en el convento, yo misma haré uno.***

De vuelta a Montpezat en 1786, María abre una escuela. El proyecto tropieza con la ironía de unos y el escepticismo de otros., pero ella se mantiene firme. Tiene dotes excepcionales de maestra y de educadora de la fe. Pero la obra naciente está desarraigada. Que por eso no quede. Cogiendo el camino empedrado del lado del volcán de la Gravenne, la Srta. Rivier sale para Thueyts con el fin de abrir una nueva escuela

A un local de extrema pobreza acuden muchos alumnos y ella los acoge a todos, a los hijos de los revolucionarios como a los demás, pero siempre con predilección por los pobres. Cuatro jóvenes del campo se le unen.

Así, mientras la Revolución disuelve las Congregaciones ya existentes, el 21 de noviembre de 1796, nace la Congregación de la Presentación de María.

M. Pontanier, sacerdote de San Sulpicio, que ha tenido que dejar su tarea de formador de los futuros sacerdotes en el seminario de Viviers, se oculta en Thueyts para huir de la persecución. Se convierte así para María Rivier y sus compañeras en su guía espiritual. Ella le llamará *el amigo de los primeros días.* Más tarde, Regis Vernet, sacerdote también de la Compañía de San Sulpicio, será para María Rivier, un maestro de vida espiritual y el apoyo competente de la Congregación.

Poco a poco Dios enviará a las maestras cualificadas que necesita la joven Congregación… Si la penuria es muy grande, María escribe a la Santísima Virgen. Su confianza filial jamás se verá defraudada.

Pero también es cierto que no le faltarán dificultades. ***Nuestra obra es de Dios y Dios no quiere que haya nada humano en ella, ni apoyo ni elogio de las criaturas.***

Monseñor d'Aviau, administrador de la diócesis de Viviers, dirá al descubrir esta obra nueva: *El dedo de Dios está ahí, está grabado en esta fundación.* Este mismo año 1801, M. Vernet, en nombre de Monseñor d'Aviau, confirmó a María Rivier en su cargo de Superiora. Cada Hermana recibió un nombre nuevo, la Fundadora recibió el nombre de Sor Ana María. Así su nombre pasó de María a Ana María, aunque muy pronto se le llamó Madre Rivier. Ella confiesa: ***Ese título me confunde.***

Sin la familia, la escuela no puede garantizar una sólida formación cristiana. Por eso María Rivier reúne a las madres de familia, a las jóvenes, y los hombres también se invitan ellos mismos. Ella evangeliza, exhorta y catequiza. *Predica,* se dice, *mejor que un jesuita.* Suple a los sacerdotes diezmados por el Terror y organiza asambleas de oración y de formación cristiana.

Los pueblos vecinos piden Hermanas. ***¡Ojalá! fuéramos más para dar a conocer y hacer amar al Señor por todas partes. Sufro cada vez más al saber que hay muchas parroquias sin nadie para enseñar el camino del cielo.***

El fervor del pequeño convento atrae y las vocaciones se apresuran a llegar de todos los ambientes y a veces de lejos como de Lyon o de Nantes. En unos veinte años, de 1796 a 1815, se abren en Ardéche y en los departamentos vecinos más de ciento cincuenta escuelas.

Muy pronto la primera Casa Madre se muestra demasiado pequeña. ***Dentro de seis años,*** **dijo María Rivier,** ***tendremos un convento magnífico. En qué lugar, lo ignoro, pero ya lo veréis.***

El lugar, aún no revelado, será Bourg-Saint-Andéol, en el antiguo monasterio de las Salesas confiscado durante la Revolución y en aquel momento en venta. María Rivier presiente que esa es la casa que Dios destina para sus Hijas y obliga a M. Vernet a que se concierte la adquisición sin tardar. ***Si hubiera tenido dinero para hacer mis obras no las hubiera llevado a cabo. Como no tenía***

nada siempre pensé que Dios lo haría todo. En 1819, la comunidad se estableció en *Bourg*-Saint-Andéol.

A pesar de su salud siempre deficiente, la Madre Rivier visitaba las fundaciones y hacía otras nuevas sin nunca transigir respecto del fin: ***anunciar a Jesucristo.*** Acoge a las huérfanas y cuando la escasez es mayor, recibe a una huérfana más. La Providencia no le falla.

Se preocupa mucho por la formación de sus Hermanas. Se trata de ***conocer a Jesucristo, de vivir a Jesucristo en sus misterios*** a lo largo del año litúrgico. En 1822 María Rivier entrega a sus Hijas la Regla de Vida ya impresa. Este acontecimiento suscita un gran fervor: ***Debemos ser para todos el Evangelio abierto, el Evangelio explicado.***

Cuando muere el 3 de febrero de 1838 hay más de trescientas Hermanas para continuar su obra y recoger su último mensaje: ***Os dejo en herencia el espíritu de oración.***

El 23 de mayo de 1982, María Rivier es declarada Beata. En su homilía Juan Pablo II afirmó:

"Su vida muestra a las claras el poder de la fe de su alma sencilla y recta que se entrega plenamente a la gracia de su bautismo. Cuenta enteramente con Dios que la purifica mediante la cruz. Se presenta a Dios en actitud de adoración y de ofrenda. Su espiritualidad es sólidamente teologal y netamente apostólica: ***"Nuestra vocación es Jesucristo".***

De sus maestros sulpicianos, María Rivier aprendió que la vida cristiana es incorporación a Jesucristo, desarrollo de la gracia del bautismo, llamada a ***revestirnos de Cristo Jesús*** hasta poder decir con el apóstol Pablo a quien le gustaba citar: no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí.

SIGLAS DE LAS OBRAS CITADAS

UC *Últimos Consejos de María Rivier*, 2ª ed., 1996, 37 p.
EE Ana María Rivier, *Escritos Espirituales,* 1962, 185 p.
EV *Espíritu y Virtudes de María Rivier,* 1938, 134 p.
FM Fernand MOURRET, *La Venerable María Rivier, 1898, 463 p.*
TE Ana María Rivier, *Testamento Espiritual,* 61 p.
VHP Théodule REY-MERMET,c.ss.r., *Vuestras hijas profetizarán, Ana María Rivier,* (1768-1838), 1977, 222 p.
VJC *La Vida de Nuestro Señor Jesucristo en una serie de meditaciones,* 3 tomos,

Aubanel, Avignon 1830, 442 p., 575 p. y 470 p.

SALVAR A ESTE POBRE MUNDO

1

Ella contaba que la primera vez que vio la estatua de la Virgen con el Hombre Dios en sus rodillas y a su madre arrodillada ante ella, tuvo el presentimiento del poder de intercesión de la Madre de Dios. Al volver a su casa, preguntó a su madre y ella le explicó el misterio que representaba y cómo Dios había entregado a su Hijo para salvar a este pobre mundo. Desde entonces aumentó su confianza.

(Testimonio FM p.9)

Lisiada por una caída a la edad de 16 meses, María no podía desplazarse sola más que con mucho esfuerzo. Todos los días para ponerla a salvo en la temporada buena, se la llevaba a la capilla de los Penitentes. Durante muchas horas, desde septiembre de 1770 hasta septiembre de 1774, sentada en una manta, María no tendrá otra confidente que una Piedad de madera, Nuestra Señora de la Compasión.

Jesús está representado ahí muerto y rígido. Descansa en las rodillas de María, su Madre abatida por el dolor. Jesús se revela así a una niña durante cuatro años. Se necesita tiempo para hacer más dócil el corazón y para comprender desde dentro la Palabra de silencio que se nos dice.

Una larga mirada. Una larga mirada que permanece. María aprende a escuchar con sus ojos. La pequeña lisiada va cogiendo gusto a esa soledad impuesta por la enfermedad. Este lugar es fascinante para ella como lo era para Moisés la Zarza ardiente. Si, como Moisés y los apóstoles Pedro, Santiago y Juan son hechizados por Dios que se revela en el fuego y la luz, María es seducida por la Piedad de Montpezat. Este lugar es seductor como el monte donde se transfiguró Jesús. Cecilia, su hermana mayor, refiere:

Cuando María estaba en la capilla, no se la podía sacar de allí; y mi madre la dejaba varias horas. Como estaba lisiada, no podía volver sola. Cuando nos olvidábamos de ir a buscarla y le preguntábamos si se había aburrido, nos contestaba: ***"No, esperaba que la Santísima Virgen me curase"*** (VHP pág. 16).

La Piedad de Montpezat proclama en silencio el mismo mensaje de liberación que el Dios de la Zarza ardiente. Es el mismo anuncio de salvación, pero ampliado y llevado a su realización total el que se reveló a los tres Apóstoles después de la Transfiguración y se lleva a cabo en la crucifixión.

Dios es un amante loco que se empeña en salvar al mundo al que ama. Jesús, el Hijo del Padre, bajado de la cruz, descansa, muerto, en las rodillas de su Madre. También nosotros, como la niña en la capilla, aprendemos ahí, cómo Dios *ama y salva a este pobre mundo.*

Saboreemos lentamente estas palabras de fuego que iluminan nuestros ojos y cautivan nuestro corazón. "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn. 3,16-17).

María Rivier aprende en silencio el precio del Amor. Mira a la Madre de Jesús en el colmo de su dolor que sigue dando a luz al cuerpo pálido del "Príncipe de la Vida". A los ojos de la pequeña María "fue presentado Jesucristo crucificado" (Ga. 3,1) Durante cuatro años aprenderá en la capilla de los Penitentes a no conocer más que a Jesucristo y éste crucificado: ***"No quiero hablaros más que de Jesucristo"***, dice a sus Hermanas. Con ella levantemos nuestra mirada hacia "Aquel a quien traspasamos". Esta contemplación nos invita a confesar lo esencial de nuestra fe.

El cuerpo sin vida de Jesús, que descansa en el seno de la Madre dolorosa, no acabará en la nada. Una fuerza invisible da ya a ese muerto una amplitud y una flexibilidad inesperadas. El cuerpo de Cristo apenas pesa en las rodillas de María. Sus piernas y sus pies parecen levantarse y salir de la rigidez glacial de la muerte.

María aprenderá, al crecer, en su familia y con los cristianos de Montpezat, la fe de la Iglesia que ya percibe en esta escultura:

> "Creo en Jesucristo, el Hijo de Dios, Nuestro Señor
> que fue concebido del Espíritu Santo, nació de la Virgen María,
> padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado,
> muerto y sepultado, descendió a los infiernos,
> al tercer día resucitó de entre los muertos".

Sí, Cristo ha resucitado y ya no muere más. En adelante, Cristo resucitado concentra en nosotros los rayos de su amor hasta que sintamos su ardor como los discípulos de Emaús.

Estamos unidos para siempre a la divinidad de Aquel que tomó nuestra humanidad. En la escultura de Cristo muerto y bajado de la cruz, está todo el misterio de Jesús que la pequeña María fue invitada a contemplar durante cuatro años. La luz que recibió entonces en su corazón de niña se desplegó después e invadió toda su vida. La contemplación de Jesucristo crucificado hablará en adelante a María de esa divinización a la que están llamados todos los hombres. Madre Rivier escribirá a sus primeras compañeras religiosas de la Presentación:

> ***San Buenaventura, que bebía toda su ciencia a los pies del crucifijo, no deja de extrañarse de la ceguera de nuestro corazón, sin poder comprender que, habiéndose unido Dios a nosotros en la naturaleza humana, rehusemos nosotros unirnos a Él en la divina; que Él se haya sometido a nuestras miserias y que nosotros renunciemos a participar en sus perfecciones divinas*** **(EE p.15)**
>
> En la capilla de los Penitentes, María, en su patois del Vivarais, prometía a la Madre de Dios ramilletes y coronas, sombreros y vestidos bonitos a cambio de su curación. Incluso añadía: ***Virgen Santa, cúrame y te traeré niñas, les daré clase y les diré que te quieran mucho*** **(VHP p. 16).**

No sabemos cuál fue el diálogo de la pequeña de Montpezat con Jesucristo. El 8 de septiembre de 1774, al escuchar su petición y concederle el uso de sus piernas, Dios, por mediación de la Virgen María, suscita en el corazón de esta niña la pasión apostólica de ***dar clase a las niñas y de enseñarles a amar a María*** y por Ella a Jesús, el Salvador del mundo.

Por lo tanto, a lo largo de nuestro recorrido – para "rezar con"- tendremos que volver incesantemente a este punto central en la vida de la Madre María Rivier, a estos años decisivos pasados ante Nuestra Señora de la Compasión.

SU CORAZÓN DE FUEGO SU ESPÍRITU SANTO

> ***El amor hizo que Jesucristo bajara del cielo al seno de su Madre para salvarnos y para conversar familiarmente con nosotros; el amor le obligó a dejarnos su corazón de fuego, quiero decir su Espíritu Santo…*** **(E.E p.10)**

Con María Rivier dejemos que nuestra mirada prosiga su muda contemplación de la Piedad de Montpezat. Del costado de Cristo, atravesado por la lanza del soldado, sale un mar de sangre y agua. El evangelista Juan, que relata este hecho, se hace fiador de lo que ha visto, para que tras él creamos. El costado traspasado de Jesús es fuente del Agua viva que chorrea sobre la humanidad ya salvada. El corazón de Cristo, muerto y resucitado, irradia para siempre el don que se nos hizo entonces del Espíritu Santo. ¿No había anunciado Jesús esta efusión de agua y de Espíritu?

También María fue llevada a esa fuente del Espíritu Santo que es el corazón de Jesús. Ahí se renueva sin cesar nuestra divinización. Para que nuestra unión con Él se lleve a cabo, Jesús nos envía desde el Padre el Espíritu Santo que prosigue su obra de salvación del mundo y consuma nuestra divinización.

En sus escritos, Madre Rivier nos ayuda a penetrar cada vez más adentro en la felicidad que anima a la Santísima Trinidad.

> ***El Corazón de Jesús es la obra maestra del Espíritu Santo…En este Corazón es donde el Espíritu Santificador congrega a todos sus elegidos: por este Corazón los ama, los gobierna y los conduce a su perfección y a la felicidad eterna*** **(EE p.40).**

Hoy en la fe viva se nos ha dado "participar de la naturaleza divina". Cada Persona divina nos une cada vez más a las demás, en el amor, la alegría, y la luz:

> ***Una vez que Jesucristo ha entrado en un corazón y reina en él… lo santifica, derrama su Espíritu Santo como lo hizo antaño sobre los Apóstoles y este Espíritu divino los colma de santo gozo, los afianza en su fuerza y los enriquece con todos sus dones. Este Espíritu de Amor es el que da tanta luz a los Santos para contemplar la grandeza y hermosura de su buen Maestro. Este Espíritu de Amor es el que hace tan amable a este divino Maestro*** **(EE p.24).**

Brotando, como un torrente de gracia, del costado traspasado de Cristo muerto y resucitado, el Espíritu Santo hace nacer, en lo más profundo de nuestro corazón, un deseo

apasionado de ser plenamente de Jesús, de acogerlo y vivir de Él.

Esa es la obra del Espíritu Santo en nosotros. Suscita en cada uno un deseo ardiente de conocer a Jesucristo, de experimentar el poder de su resurrección y de comulgar con sus sufrimientos. Como San Pablo, María Rivier puede decir: ***He sido alcanzada por Cristo*** (Cf. Flp. 3,8-14).

Del *corazón de fuego* de Cristo, María recibe la fuerza divinizante del Espíritu Santo. Cada instante da a su ser el tiempo amoroso de la energía vital de la Santísima Trinidad. Al dejarse conducir, así como Jesús por el Espíritu del Padre, ella actúa en la consciencia filial.

A los espíritus atormentados por su salvación, a las almas angustiadas por un jansenismo latente, María Rivier opone el abandono pacificador en la misericordia de Dios.

Uno no se pierde ni se condena "sin más". Como maestra espiritual, con un revés de frase aniquila ese terror demasiado *humano* para sumergirnos en la realidad santificante del Espíritu del Padre que vela sobre nosotros:

> ***Sí, Hijas mías, creo que, para condenaros en vuestra santa vocación, hay que quererlo con tanta fuerza como los Santos quisieron hacerse santos, pues para perderos habéis de oponeros continuamente a los movimientos del Espíritu Santo que vela sobre vosotras¸ tenéis que pisotear tantas gracias como se os han prodigado*** **(EE p. 87).**

Por otra parte, obrar según el Espíritu Santo, es hacer la experiencia de que "Dios no es un Dios de confusión sino de paz" (1 Co 14,33).

Para siempre, el Resucitado, como en la tarde de Pascua, en un mismo soplo, nos comunica su paz y su Espíritu Santo: "La paz con vosotros…Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20,21-23).

En sus *Últimos Consejos,* dirigiéndose especialmente a las responsables de las fraternidades, Madre Rivier indica cómo los amigos de Dios, desde Elías hasta Vicente de Paúl… y más allá, no emprendieron nada sino en la suave paz del Espíritu Santo.

> ***El punto esencial para conducirse… es seguir en todo el Espíritu de Dios.***
>
> ***Para conseguirlo es necesario***
>
> 1. ***No decir ni hacer nada sin haber rezado y reflexionado… no precipitarse, sino pesarlo y examinarlo todo ante Dios y con calma. Vale más retrasar un asunto, cuando se puede, que obrar en la turbación y la precipitación… Así es como se comportaba San Vicente de Paúl y todos los sabios que quieren conducirse según el Espíritu de Dios…***
>
> 2. ***Hay que estar siempre dispuestos a escuchar al Espíritu de Dios y a recibir sus divinas inspiraciones; y para eso vivir habitualmente en paz, en silencio, en calma… el Espíritu Santo nos dice que "el Señor no está en la agitación ni en la tormenta"*** **(ÚC p 14).**

La paz ¿no es uno de los frutos del Espíritu Santo?

María volverá a menudo sobre la necesidad, para todo discípulo de Jesús, de escuchar y dejarse "conducir" por el Espíritu Santo, a ejemplo del Maestro… El Espíritu Santo, en efecto, *tiene sus designios particulares sobre cada uno* (ÚC p.13).

Escuchar al Espíritu Santo es hacerse disponible para descubrir y hacer, con Cristo, la voluntad del Padre.

> ***¡Cuánta necesidad tenemos del Espíritu de Dios!… Que nuestra primera ocupación sea, pues, invocarlo y preguntarnos: ¿Es el Espíritu de Jesucristo el que me hace obrar o hablar? ¿Qué nos ha enseñado a propósito de esto? ¿Qué haría, qué diría si estuviese en mi lugar?*** **(ÚC p.16).**

Como tiene el secreto, María recoge, en unas líneas, lo esencial en cuanto a nuestra disponibilidad para con el Espíritu Santo que se vive en lo cotidiano. Para ello nos pide vigilar sobre lo que ella llama *la pureza de intención.* Si estamos atentos para discernir lo que nos hace hablar u obrar, podremos reconocer cómo actúa el Espíritu.

> ***No escuchar más que al Espíritu de Dios, las máximas del Evangelio y…no tener*** **otra** ***mira que los intereses de la gloria de Dios y del bien común*** **(ÚC p.15).**

Entonces, a través de nuestra vida sencilla, de nuestras relaciones fraternas se transparentará la vida de Jesús.

Confiemos la oración de este día a la Beata Madre Rivier. Vela sobre nosotros y sigue haciendo por nosotros, hoy, lo que ayer escribía a sus Hermanas:

> ***Mientras viva, no dejaré de pedir a Nuestro Señor, que os llene de su divino Espíritu, que Él sea vuestra fuerza y vuestra luz para llevaros tras Él a la eternidad feliz*** **(ÚC. p. 37).**

Podemos rezar, con otra expresión, pero en el espíritu de Madre María Rivier:

Señor Jesús, oímos a María Rivier que nos dice:
Os deseo la plenitud del Espíritu Santo.
Haz que vivamos de ese Espíritu Santo,
que sea el impulso de nuestro deseo de ser tuyos,
que sea el lugar de nuestro descanso filial,
que nos haga conocerte cada vez más,
para ser tus verdaderos discípulos,
para vivir con alegría tu Evangelio
para dicha de todos
para no buscar contigo
más que la voluntad del Padre
y no obrar más que para su mayor gloria.

3

COPIAS VIVAS DE SU HIJO MUY AMADO

Dios Padre, al vernos llenos de su Hijo muy amado, revestidos de Él, íntimamente unidos a Él por el amor, nos mira con ojos de complacencia y no podrá por menos de amarnos (EE p.19). *Nosotros somos otras tantas copias vivas de Jesús, el Hijo muy amado del Padre* (EE p.33).

El hombre del Vivarais que talló en madera basta la Piedad de Montpezat, esculpió un rostro de Jesús muy elocuente. En el silencio de la muerte, Cristo parece proseguir las llamadas que había lanzado a su Padre, unos instantes antes: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen. Todo está cumplido. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Estas palabras nos abren al intenso amor con el que se aman eternamente el Padre y el Hijo. Abrasado de amor, el corazón de Jesús es para su Padre el lugar de su felicidad. El Hijo muy amado no cesa, en el mismo movimiento, de reunirnos para que vivamos al ritmo de ese amor filial.

Recogidas en los Evangelios, esas palabras expresan todo el misterio de la Cruz. Primero el perdón infinito del Padre que ama al mundo y quiere salvarlo por la muerte de su Hijo.

La ternura del Padre da a Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, la soberana libertad de ofrecerse a sí mismo para salvarnos. Jesús nunca consideró su muerte más que en ese acto de amor. Nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Con María Rivier, contemplamos a Jesús muerto y desclavado de la cruz, en las rodillas de María. Esto es lo que nos salva: no las muchas torturas y dolores de la Pasión, sino el peso infinito de amor que abrasa el corazón de Cristo. En la muerte de Jesús por nosotros, el Padre y el Hijo nos manifiestan conjuntamente su amor. ¡Hasta ahí nos ama Dios!

Al igual que los sufrimientos, la cruz no significa nada en sí misma. Su sentido eficaz le viene del amor. En efecto, otros seres humanos han muerto en atroces e interminables torturas, pero nunca nadie dará su vida con la misma plenitud de amor que Jesús. Es el amor infinito venido del Padre

para salvarnos. “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm. 5, 6-8).

Este amor manifestado en el corazón de Cristo Jesús llena de asombro a María Rivier. En unas líneas firma uno de los más hermosos comentarios de la carta a los Hebreos:

> ***Era el Corazón de Jesús el que guiaba los pasos y ordenaba los viajes de este buen Pastor para buscar a la oveja extraviada… el que palideció y se estremeció en todos sus miembros y el que gritó en la cruz con una voz tan potente que hizo temblar la tierra y penetró los cielos donde se le escuchó.***
>
> ***Fue, por consiguiente, este Corazón, inflamado de amor, la causa de lo que hizo Jesús en favor nuestro con las lágrimas de sus ojos, los oráculos de su boca, las obras de sus manos y con los trabajos, sudores y sufrimientos de su cuerpo. Este Corazón adorable no respiraba más que por nosotros, no pensaba más que en nosotros y no suspiraba más que por darse a nosotros. ¡Cómo hemos de manifestar nuestro agradecimiento a este Corazón sagrado por tantos bienes y desvelos recibidos de su infinito amor!*** **(EE p. 47).**

La Beata María Rivier no deja de exaltar el amor del Corazón de Jesús por su Padre y por nosotros.

> ***El Corazón de Jesús es su interior; son sus virtudes, su amor por su Padre y por los hombres… son los sentimientos que tuvo a lo largo de su vida y de su pasión. Sentimientos del celo más ardiente por los intereses de su Padre: sentimientos de bondad, de ternura, de compasión por nosotros y del más vivo deseo de hacernos felices hasta sacrificar su vida por ello*** **(EE p. 39).**

En efecto, en el Corazón de Jesús se toca la eterna sinfonía concertante del amor del Padre y del Hijo por la salvación del mundo. El Espíritu Santo garantiza su alegría exuberante y pacificadora. El Padre nos da a su Hijo y el Hijo nos da a su Padre. Esta es nuestra alegría y nadie puede arrebatárnosla.

El Padre ve en adelante a cada uno de nosotros como único al mirar a su Hijo y, con Él nos ama tiernamente. María, muy feliz por descubrir esta profusión de amor, nos la comparte con fervor escuchando a Jesús que nos dice:” Mi Padre os quiere porque me queréis a mí” (Jn 16,27). Madre Rivier se asombra, pues el Padre ve en nosotros *copias vivas de Jesús, su Hijo muy amado.*

Al ver a su Hijo y a nosotros en Él, el Padre nos proclama como en el Bautismo y en la Transfiguración de Jesús: “Tú eres mi Hijo muy amado en quien me complazco”.

Sí, en mí, pecador, el Padre se complace en estar. El Padre en su incansable misericordia, me atrae sin cesar hacia Él y Jesús me lo afirma: “Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no le atrae” (Jn 6,44).

Desde nuestro bautismo nos hemos hecho partícipes para siempre de esa vida filial que anima el Señor Jesús. Para María Rivier es una experiencia que llena su vida:

> ***El que conoce a Jesucristo, participa de ese conocimiento eterno que tiene el Padre de sí mismo y de su Hijo. Está asociado, por así decirlo, a la acción eterna por la que el Padre engendra y conoce a su Hijo. Por eso decía nuestro divino Salvador: “El que me ve, ve también a mi Padre”*** **(EE p. 19).**

Cogiendo su vida pasada, viendo cómo el Señor la había conducido a través de pruebas y caminos inesperados, María Rivier no duda en escribir, refiriéndose al Evangelio:

> ***Jesucristo es nuestro camino y un camino que lleva derecho al cielo, derecho a Dios. Es imposible extraviarse siguiéndole; es nuestro camino en la infancia, en la edad madura y también en la vejez*** **(EE p. 20).**

María Rivier tiene siempre la oportunidad de comprometernos concretamente en el camino que Dios nos abre. Escribe:

> ***No buscar, no desear y no ver más que a Dios sólo en todo. Es el gran medio de perfeccionar y hacer crecer todos los días en vuestro corazón la divina caridad*** **(UC p. 22).**

Ese es el lugar de nuestra conversión diaria. ¡Cuántas veces nos agotamos queriendo hacer ver a Dios que le amamos!

Empleamos, con un corazón sincero, todo nuestro ser: tiempo, energía, voluntad… ¡Qué de esfuerzos vanos! Muy pronto nos vemos como los que suben una duna. Por más que den grandes zancadas, escribe Gregorio de Nisa, se afanan en vano, pues la arena al desmoronarse les devuelve siempre abajo.

En efecto, olvidamos lo esencial. Primero no queremos ser hijos del Padre con Jesús. Primero y ante todo no queremos ser amados como el Hijo es amado por el Padre. Queremos lograr por nosotros mismos amar a Dios. ¿Cuándo nos convertiremos? Ante todo, se trata de vivir como hijos del Padre con Jesús. La Escritura nos lo dice claramente: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1Jn 4,10). Amaremos, sólo si primero nos dejamos amar por el Padre. Jesús en el Evangelio nos confía cómo obrar con Él para vivir en el amor recibido de su Padre.

En el atardecer de su vida María Rivier escribirá al hilo del Evangelio:

> ***No buscar ni ver más que a Dios sólo y su santa voluntad en todo; entonces no se teme nada; se va con confianza allí donde las órdenes de su divina Providencia nos llaman, aunque sea al fin del mundo y hacemos cuanto ella nos pide*** **(ÚC p. 35).**

Jesús que se sabe infinitamente amado por su Padre, nos llama a vivir con Él de ese amor. Desde ese momento podemos asentarnos en la confianza y apoyarnos en su promesa: "Estoy siempre con vosotros".

¿Dejaremos al Padre amarnos en su Hijo?
Con María Rivier pidamos esta gracia modificando algunas palabras de su oración.

> *Señor, no me extraño,*
> *si quieres ser llamado el Dios de los corazones*
> *si eres celoso de nuestro amor,*
> *si previenes nuestros deseos*
> *y si buscas nuestro afecto,*
> *pero encuentro muy extraño*
> *que nuestros corazones te rechacen y te resistan*
> *y que dándote a nosotros*
> *dudemos en darnos a ti,*
> *como si perdiéramos en este intercambio,*
> *y el corazón de un Dios no valiera el nuestro*
> (EE p. 41)

LA OBRA DEL CORAZÓN

4

El espíritu de oración es un grito, un suspiro continuo hacia Dios, es la mayor gracia que Dios puede hacer a una persona manteniéndola en ese estado. No digáis que vuestras ocupaciones os dispersan demasiado para que podáis orar continuamente. Mientras el espíritu y el cuerpo trabajan, el corazón ¿no puede hacer también su obra? Y si me preguntáis cómo conseguirlo, os lo diré **(EV p. 35).**

Perseveramos con María su Madre, para venerar, rígido por la muerte, el cuerpo del Señor Jesús. En la cruz, la lanza del soldado traspasó su costado del que salieron sangre y agua. "Bebamos con gozo en esa fuente de nuestra Salvación". Estamos lavados con esta sangre y purificados con esta agua que se ha convertido en la del bautismo. Este sacramento fue precisamente el que recibió la pequeña María el 21 de diciembre de 1768. Su tío materno, Pedro Combe y María, la hermana de su papá, la apadrinaron. Piden para la niña el don de la fe que procura la vida eterna. El párroco, M. Charre, responde: "María, si quieres la vida eterna, guarda los mandamientos. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón…y a tu prójimo como a ti misma" (Mt 22,37).

Habiendo invocado al Espíritu Santo, soplando tres veces sobre la niña, la sella, en la frente y en el corazón, con la señal de la cruz, recomendándola: "Vive de forma que llegues a ser la morada de Dios".

Al crecer en la fe, María deja que actúe en ella esa gracia recibida en su bautismo. En la enseñanza que dará más tarde como Fundadora de las Hermanas de la Presentación de María, precisará lo que es la maravillosa fecundidad del bautismo en los que lo reciben:

> ***Jesucristo ha querido que se les conceda este sacramento en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo…para enseñarles que su alma está consagrada a la Santísima Trinidad… pertenece al Padre que la creó, al Hijo que la redimió y al Espíritu Santo que la santificó.***
>
> ***Jesucristo ha querido enseñar a los cristianos que, puesto que no pueden hacer nada sin la ayuda de la Santísima Trinidad, tampoco pueden hacer nada que no se atribuya a su honor y a su gloria…***
>
> ***Jesucristo ha querido enseñar a los cristianos que su conducta ha de ser santa y toda su vida digna de Dios, digna de la presencia de las Tres Divinas Personas*** **(VJC t6.3, pp. 157-158).**

Divinizado por su bautismo, el cristiano puede saltar de alegría, con el apóstol Pablo, por estar habitado por esa luminosa presencia de Dios: "Con alegría, dad gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz" (Col 1,11-12).

La Trinidad santa habita el corazón de María: ese misterio constituye su alegría y vive de él en cada momento. También Madre Rivier invitará a las primeras religiosas de la Presentación a vivir en la presencia de Dios:

Permaneced continuamente con Él y junto a Él; meditadlo, estudiadlo sin cesar, consultadlo a menudo…Obrad de suerte que vuestros corazones sean enteramente suyos, que Él los posea sin la menor reserva y que pueda decir en cada una de vosotras: "Estoy en mi casa. Es mi morada, es mi templo; hago en este corazón cuanto me place, hago en él mis delicias y soy su verdadero dueño…Qué felices seríais…si fuera así de cada una de vosotras, si todas fuerais la morada de Jesucristo" **(EE p. 32).**

En esta unión continua de nuestro corazón con Jesucristo se realiza, ya, lo que saborearemos para siempre en la gloria de la vida feliz, el paraíso:

> ***Estar con Jesucristo es un auténtico paraíso… Pues Él no sólo está con nosotros, está en lo más íntimo de nuestro corazón y jamás nos abandona si no nos separamos de Él por el pecado*** **(EE p.12).**

María está muy penetrada de esa habitación de Dios en ella y en cada bautizado. Cita a menudo estas palabras de Jesús: "Si alguno me ama… mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él" (Jn 14,23).

> ***Sólo junto a Jesucristo se aprende a orar; sólo con Jesucristo y con su asistencia cabe elevarse hasta Dios y descansar en Él*** **(EE p.32).**

En efecto, la unión con Cristo, sume a cada bautizado en la comunión que une eternamente al Padre y al Hijo en el Espíritu Santo.

La unión con Dios es el dulce paraíso que fascina a María Rivier. No dejará de hacerse su incesante apóstol. **¡Vivir intensamente unido a Dios! ¡Sí! ¡Dios!**
"Cuando digo Dios, explica Gregorio de Nisa, pienso en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo".

Vivir unido a Dios, es pues, dejarnos existir por el Espíritu Santo en la intimidad de Cristo y en Él estar amorosamente presentes sin fin al Padre. Alcanzamos ahí el centro de nuestra fe cristiana. En esa fe se nos anuncia el misterio de la unión que mueve con amor eterno a la Santísima Trinidad.

Mejor. Estamos vitalmente asociados, desde nuestro bautismo, a esa vida trinitaria. Participamos, por gracia, en el amor de nuestro Dios que no es más que Amor. En nosotros, el Padre se da entero, en el Espíritu Santo, al Hijo y se recibe, en el Espíritu Santo, entero del Hijo.

Bautizados en la muerte y la resurrección de Jesús, el Verbo eterno, somos, en el Espíritu Santo, hijos del Padre con el Hijo. Y el Espíritu pone en nosotros la oración de los hijos, Él mismo ora en nosotros y nos hace vivir el "orad sin cesar" que Jesús nos pide. En el Espíritu Santo, con el Hijo, somos en adelante, con toda la Iglesia, alabanza de amor al Padre.

Este es el único camino de felicidad. La vía real que sólo Dios puede ofrecer a sus humanas criaturas. ¡Ay esa *unión continua con Dios* tan querida a María Rivier!

El primer biógrafo de Madre Rivier, M. Hamon, comparte con nosotros su entusiasmo:

"En medio de sus continuos trabajos, tenía siempre presente el recuerdo de Dios…Lo veía en todo, se había hecho en su corazón una soledad donde sabía encontrarlo y estar en actitud humilde y pobre en su presencia, interrogarlo y escucharlo, ofrecerle oraciones fervorosas, suspiros de amor… y conformarse en todo con el espíritu de Jesucristo, con las disposiciones de su corazón… a eso le llamaba ella la obra del corazón y obrar en su interior" (EV p.35).

Esta *obra del corazón* es la gracia suprema que el Apóstol Pablo pide para todos los bautizados: "Que el Padre os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior…Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios" (Ef. 3,16-19).

Se trata, pues, de dejarnos alcanzar en el corazón. Importa mucho vivir de la fe más viva en lo cotidiano: *De vez en cuando,* escribe María Rivier, ***en el transcurso del día, levantad a Dios vuestro corazón y decidle que no queréis obrar más que por su amor*** **(TS p. 64).**

¡Dejarse alcanzar en el corazón! El corazón es en efecto el centro de nuestro ser, allí donde se avivan nuestra inteligencia y nuestra voluntad, allí de donde proviene y adonde converge toda vida en el Espíritu Santo. Ese centro ha de ser el primer viviente. No se trata, pues, de sentido romántico o de impresiones sentimentales, sino de fe viva. Dejar que el don luminoso del Espíritu Santo transforme nuestro corazón y dé fecundidad a nuestra acción.

> ***Desde la fundación de la casa de la Presentación, me he ido convenciendo, día tras día, de que no podemos nada sin la oración… Los obstáculos y dificultades que han sido innumerables, no se han superado más que con la oración. En el estado de miseria y de pobreza extrema al que nos vimos reducidas los primeros años, nuestro recurso era la oración… Desde mi más tierna infancia, Dios me ha dado una fe inquebrantable y la más firme esperanza en la oración.*** **(VHP p. 189).**

María Rivier cuya vida fue eminentemente apostólica afirma que nada hubiera sido posible sin la oración, una oración continua. Reconoce en esto el don de Dios que recibió y se atreve a decir: *Os dejo en herencia el espíritu de oración.* Los dones que recibió como fundadora y madre espiritual, ¿no serían promesas para nosotros que queremos seguirla?

Durante este día, dejemos que nuestro corazón se encuentre con el de Madre Rivier en esta oración que ella misma compuso basándose en la Escritura. Pidamos la gracia de la oración, ese impulso del corazón, esa búsqueda incesante de su Rostro.

Padre,
atrae a ti mi espíritu y mi corazón.
Enseña a mi alma a elevarse a ti (cf. Sal 24,1),
a fijar en ti su mirada (cf. Sal 122,1.3).
Que no me canse de buscarte (cf. Sal 104,4),
de buscar incesantemente tu rostro (cf. Sal 140,9),
de fijar en ti mis ojos…

LA CRUZ, SEÑAL DE VICTORIA

Con la cruz no habéis de temer nada. Toda vuestra fuerza viene de la cruz…Hemos de poder decir en verdad: "Pongo toda mi gloria en la cruz de Jesucristo".

Acaba de caer, como un fruto maduro, del árbol de la cruz. Jesús descansa en los brazos de María, su madre. José de Arimatea y Nicodemo le preparan la sepultura donde va a ser sembrado como lo había anunciado: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto." (Jn 12,24).

El Padre ha desplegado en el Crucificado el vigor vivificante de su fuerza. Lo ha resucitado de entre los muertos. Estas semillas dan una cosecha abundante. El Príncipe de la vida muere en la cruz. Por su muerte surge para todos, la vida en abundancia.

Así, en nuestro bautismo, hemos sido sepultados en la muerte de Jesús crucificado. Hemos sido sepultados con Él por el bautismo que nos sume en su muerte (Rm 6,3-4). El misterio de la cruz ha labrado, de forma muy especial, toda la vida de María Rivier.

Contemplemos primero la cruz de Jesucristo como fuente de nuestra salvación. La Iglesia en la liturgia del viernes santo nos invita a venerar la cruz. Por tres veces el celebrante levanta la cruz, proclamando: "¡Mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo!" Cantando, la asamblea prosigue: " Venid, adoradlo…por el árbol de la cruz vino la alegría al mundo".

Cuando hablamos de la cruz de Jesús, estamos llamados ante todo a mirarla con fe.
Nuestro pecado que es nuestra miseria mortal alcanza el corazón del Padre que nos manda a su Hijo muy amado para salvarnos. Dios condena el pecado, pero ama al pecador del que quiere hacer un hijo suyo: esa es la salvación.

Salvar, ser salvado…Sólo los que han sido arrancados a una muerte segura pueden realmente entenderlo. Víctimas de un naufragio, de un incendio, de un accidente o de un coma mortal. En esos casos, las palabras salvación, salvamento y salud adquieren todo su sentido.

Sin embargo, en nuestra existencia nos ha ocurrido a todos vivir momentos en los que hemos hecho la experiencia de estar perdidos, abandonados, sin nada ni nadie a quien agarrarnos, sin esperanza humanamente hablando, acordémonos. Nos hundíamos en los torrentes tumultuosos del sinsentido de nuestra vida, encerrados en nuestra angustia, aislados, lejos de un corazón fraterno a quien confiarnos.

Esta experiencia humana de estar perdidos puede hacernos comprender la Salvación en Jesucristo. Eso nos permite también dar de nuevo sentido al nombre con el que se llamó al Hijo de Dios, al nacer en nuestra humanidad.

Jesús: Dios salva. Es Él quien nos tiende la mano, llena de fuerza y de ternura, para sacarnos del ahogo, del incendio, de la muerte segura que nos amenazan. ¡Jesús, nuestro Salvador! Esa es la Buena Noticia de nuestra salvación.

Sí, nos ahogábamos aplastados bajo la capa de plomo de nuestros pecados. Éramos prisioneros para siempre del mal y de la muerte. En la cruz, Jesús, el Cordero de Dios, nos salva. En adelante estamos liberados.

Liberados, podemos volver a tomar aliento y vigor, levantarnos y actuar como hijos del Padre, pues Cristo nos ha reconciliado para siempre con su Padre. Por eso nuestra contemplación de Jesús y de su cruz no puede menos de hacernos entrar en el gozo abundante por el don gratuito del perdón que se nos otorga en el Calvario.

Jesús en la cruz es un Amante para cada ser humano. Amante en los dos sentidos de la palabra. Amante como locamente enamorado de cada uno de nosotros, amante como una fuerza que atrae: "Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,32-33).

Lo hemos dicho: el misterio de la cruz ha labrado la vida entera de María Rivier. Entre la multitud de sus palabras, escritos y gestos, retengamos algunos hechos más notorios.

Primero la celebración de la fiesta de Todos los Santos de 1830. Madre Rivier hizo confeccionar cruces pequeñas de madera, pintadas de verde, color esperanza. Ante la gran cruz erigida en la sala de comunidad reúne a toda la casa: religiosas, pensionistas y huérfanas y ante la opción crucial que comporta la liturgia del bautismo, poniendo de un lado a Jesús y de otro a Satanás, María les pregunta: ***¿A quién queréis seguir?*** Durante la distribución de las pequeñas cruces verdes comenta: ***He pensado que la cruz debería ser para todas, una señal de victoria. Con la cruz no habéis de temer nada*** **(VHP p. 195).**

En el proceso apostólico, con miras a la beatificación de María, una antigua alumna dio testimonio del lugar de la cruz de Jesús para la Madre Rivier: "El recuerdo de la Pasión del Salvador era una de sus devociones más queridas; a menudo nos mandaba hacer procesiones con cruces y otros instrumentos de la Pasión para recordarnos las diferentes circunstancias de los sufrimientos de Jesucristo" (VHP p.31).

Sin embargo, María hablará poco, durante su vida, de la muerte de Jesús en la cruz como fuente jubilosa de salvación. Aunque, desde su bautismo, gozase de esta gracia, Madre Rivier se quedó marcada por una visión dolorista de la cruz.

Débil por naturaleza y de temperamento ansioso, María creció, no lo olvidemos, en una Iglesia que sufre aún las secuelas del jansenismo. Se ensalza a un Dios justiciero, siempre indignado contra sus criaturas corrompidas por el pecado. Se hace rígidos a los cristianos con el miedo al infierno. Para escapar a la condenación eterna hay que "expiar" el pecado y "reparar" las ofensas hechas a ese Dios de terror. ¡Como se ve, estamos muy lejos de la Buena Noticia!

En este crisol, un acontecimiento capital va a marcar para siempre a la muchacha de unos trece años, durante una misión que tuvo lugar en la Veyrune.

"Un capuchino presentaba las verdades terribles de la religión con tal fuerza que a menudo el auditorio estallaba en sollozos. María creyó perder la razón. María entró jadeante a Pradelles. Para ella todo era pecado, todo, obras, palabras, pensamientos, deseos, omisiones, y desde luego, pecado mortal. Y hasta la muerte ya no se curará de estos tormentos interiores. El capellán del pensionado, los sacerdotes de Montpezat y más tarde, los sulpicianos Pontanier y Vernet perderán en ello su tiempo si no su paciencia (VHP p.25).

Unos cuarenta años más tarde, una carta que Regis Vernet enviará a Madre Rivier nos revela que sigue profundamente torturada por la obsesión del pecado y de la condenación.

María tiene siempre mucha dificultad para acoger la salvación de Jesús crucificado en la paz y la confianza: **"¿No olvidáis con mucha frecuencia que sois hijas de Adán?**" Sólo María tuvo el privilegio de estar exenta de todo pecado. A nosotras, miserables criaturas, no nos ha de extrañar, como decía a menudo el bueno de San Francisco de Sales, que la miseria sea miserable, que la incapacidad sea achacosa. Lo que más nos ha de sorprender es que no cometamos más pecados. Cuando alguien en nuestra debilidad se olvida de ello, a pesar de nuestras resoluciones, Dios quiere que le testimoniemos nuestro arrepentimiento, pero sin que se alteren la paz y la confianza y que inmediatamente después, nos pongamos a nuestro trabajo y a nuestra ocupación, sin abatimiento, sin el menor desánimo…

> **"No sea tan quisquillosa, no se turbe como lo hace. Me gustaría más bien que, en lugar de dejarse llevar por el temor de haber ofendido a Dios, terminase por sonreír de lo que ocurre como se hace cuando se ve un gatito haciendo sus cabriolas (VHP p. 175).**

Durante su vida rozó el abismo del pecado en el que la salvación que Jesús nos procura con su muerte en la cruz le parece incomprensible. La que podía decir a Sor Vicente de Paúl. *Sus tentaciones las he conocido todas"* nos la ofrece la Iglesia como una hermana mayor. A cuantos, y cuantas han tenido que vivir las *noches* de la fe, Madre Rivier puede ayudarles, ahora que goza de la clara visión, a hacer el paso del temor del pecado y el miedo de la condenación a la confianza plena en la salvación de Jesús crucificado.

Conoció las tormentas interiores, el sentimiento de indignidad, de abandono, la tentación de una culpabilidad cuyo motor es a menudo la imaginación. Lo que su padre espiritual relaciona con conmociones *nerviosas* es ni más ni menos la experiencia del abismo de la que no se puede salir. Experiencias de límites extremos, de esos pasos obscuros que hacen tanto más raro en María Rivier el triunfo de la alegría, de la confianza, de un amor que se da sin cálculo. Y en cuanto sale de estos tormentos su palabra reanima la fe, la esperanza y difunde la confianza en el Dios de amor. "Era necesario que Cristo sufriera para entrar en su gloria". El Evangelio de Emaús decía mucho a María Rivier quizá porque conocía esos pasos que son *noches* espirituales.

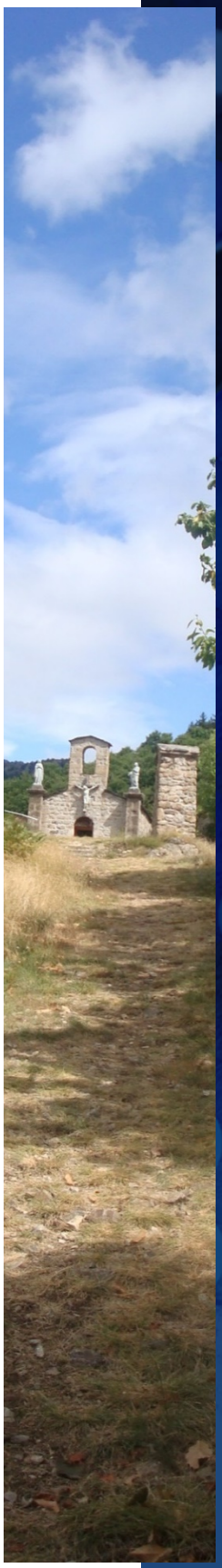
Para terminar este día, oremos en la luz de Cristo muerto y resucitado, con un texto de Madre Rivier:

> ***Creo que tú eres Dios***
> ***porque veo brillar tus llagas***
> ***en tu cuerpo de hombre resucitado.***
> ***Tus preciosas llagas, tu cuerpo ultrajado,***
> ***tus manos taladradas son para mí***
> ***fuentes vivas de luz***
> ***que iluminan mi ceguera.***
> ***Ellas me descubren el amor incomprensible***
> ***de tu naturaleza divina***
> ***oculta bajo el velo de tu humanidad.*** **(VJC t 3, p. 10).**

TOMAR SU CRUZ

La veo, querida hija mía, en el calvario al pie de la cruz. Es el lugar donde hemos de hacer nuestra morada… En cuanto a mí, estoy muy valiente y nada me abate. Mi confianza es grande.

Nunca estoy tan contenta como cuando no tengo un momento para mí. Me abandono plenamente a Dios y a su obra. ¡Ojalá pueda trabajar siempre así hasta la muerte! **(VHP pp. 214-220).**



La Piedad de Montpezat, tan querida para María Rivier, nos muestra a Jesús muerto en las rodillas de María. El suplicio ha hecho su obra en ese cuerpo que ha tomado la forma de la cruz. Las manos y los pies de Cristo son traspasados por los clavos, y el costado abierto por la lanza.

El misterio de la cruz, todo el misterio de la cruz, está en el centro de la vida y de la espiritualidad de María Rivier. No se puede comprender la Pasión de Jesús más que venerándolo Resucitado. Es el camino que nos propone hoy para esta profesión de fe:

Tú eres verdadero Dios y verdadero hombre, puesto que has muerto para devolvernos la libertad con la vida. Veo uno y creo en el otro: creo que eres Dios, porque veo brillar las llagas en el cuerpo de un hombre resucitado. Esas preciosas llagas, ese corazón ultrajado, esas manos taladradas son para mí fuentes vivas de luz que iluminan mi ceguera y que me descubren el amor incomprensible de tu divina naturaleza oculta bajo el velo de tu humanidad **(VJC t. 3, p. 101).**

Con María Rivier, unámonos al apóstol Pablo para pronunciar con el fervor del corazón esas palabras de la fe: “Cristo me amó y se entregó por mí”. Ahondemos ahora en esta fuente de vida que es la cruz gloriosa del Señor Jesús. Al beatificar a María, el 23 de mayo de 1982, Juan Pablo II declaraba: “Su vida muestra, muy a las claras, la perseverancia de la fe en un alma sencilla y recta que se entrega plenamente a la gracia de su bautismo. Cuenta a fondo con Dios que la purifica por la cruz”. La fe, el bautismo y la cruz. Se evoca todo lo que Pablo escribía a las primeras comunidades cristianas: “Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él” (Rm. 6,8).

Hemos de llegar a ser, lo que somos por nuestro bautismo. Por este sacramento hemos sido incorporados a Cristo muerto y resucitado: en adelante estamos *cristificados.* Con Cristo estoy crucificado, es la mortificación. Con Jesús, el Crucificado, tengo que morir, crucificando el yo mortífero del pecado que me habita y que contamina toda la humanidad. Todos los días tengo que vivir, con Jesús muerto y resucitado, esta pascua, este paso personal que se desprende de mi bautismo. Lo que falta a la Pasión de Jesús es que realice, con todos los bautizados, este trámite de muerte sin el cual no puedo pasar al amor universal de la Trinidad. Trámite sin el cual permanezco prisionero de mis deseos. También, cada día, en el centro de esta crucifixión de mi misma, Cristo resucitado me colma de su vida nueva y radiante de amor (Flp 3,8). A este movimiento de muerte a uno mismo para resucitar con Cristo la Iglesia lo llama mortificación. Así somos plenamente discípulos de Jesús: “En cuanto a mí, escribe el apóstol Pablo, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”.

La cruz de Cristo me libera totalmente. Me permite escapar al atractivo esclavizante del mundo que en adelante está muerto para mí. Para el Apóstol, se trata únicamente de recibir la gracia de Cristo y así ser introducido en la nueva creación, a fin de vivir para Dios, en unión con su Hijo resucitado. Se trata, pues, de morir al ser replegado sobre mí mismo que yo soy y de abrirme al ser nuevo que Cristo forma incesantemente en mí.

Con la gracia de Cristo, liberarme del espíritu de posesión, de codicia, de avidez y de avaricia que mina mi ser y lo esclaviza. Liberarme con Jesús del espíritu de goce que me empuja a poseer a las personas y las cosas y a utilizarlas para mi propia satisfacción. Con Cristo, liberarme de cualquier voluntad de poder, de dominio, de mi certeza de tener razón frente a otro y de la voluntad de salvarme por mi misma.

María Rivier incluyó esta mortificación en el corazón de su vida religiosa e invita a ello a sus primeras discípulas:

> ***La caridad…debe haceros generosas, es decir, ha de llevaros a que os olvidéis de vosotras mismas para pensar sólo en la obra que se os confía y en las necesidades espirituales y corporales de las que están bajo vuestra autoridad*** **(UC p. 18).**
>
> ***Estad, pues, sobre aviso para no apartaros en nada de las Reglas y del espíritu de obediencia, de pobreza, de mortificación y de discreción que os prescriben*** **(UC p. 30).**

Tomar su cruz para seguir a Jesús. La mortificación también reviste en los Evangelios otra forma: Jesús nos invita a ser sus discípulos. Esta llamada está muy anclada en el misterio de su cruz. Va dirigida a nuestra libertad y a nuestro amor. Jesús nos deja libres para responder. El evangelista Marcos señala la negativa del joven rico a quien Jesús fijando en él su mirada lo amó. Lo que Jesús nos propone está claro, para seguirle hay que renunciarse a sí mismo y tomar su cruz.

Este mensaje de Jesús contradice de manera decisiva la pseudo espiritualidad de la cruz que actuaba severamente en la época de María Rivier. Los evangelios no han hablado nunca de Dios como de un ser indignado contra el hombre pecador y a quien mandaría, para purificarlo de su pecado, cruces unas más pesadas que otras. El Padre de Jesús no tiene nada que ver con este dios sádico que se complaciera en el sufrimiento de los hombres.

Madre Rivier no se libró, a veces, de esta forma de expresarse de la Iglesia de su época en cuanto **"a las cruces que Dios manda".** Habla así de: ***todos los contratiempos, cruces y penas que Dios os envíe*** **(EE p. 79).** ***¡Viva Jesucristo, viva su cruz!¡Cómo deseo que sepáis aprovechar las cruces que Dios os manda*** **(TE p.80)!**

El mensaje de Jesús acerca de la cruz es claro. El Padre no envía nunca a nadie cruces para llevar, ni siquiera a su amado Hijo. El mismo Jesucristo lo afirma, hablando de los sufrimientos de su Pasión y de su muerte en la cruz: "Mi vida la doy yo".

Jesús nunca alabó el sufrimiento humano. Al contrario, durante su vida terrena, recorrió pueblos y aldeas para luchar contra la enfermedad, la miseria y la muerte. Al salvarnos, Jesús nos pone en su dinamismo de felicidad, que el autor del Apocalipsis nos describe así: "Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos…Enjugará toda lágrima de sus ojos y ya no habrá muerte" (Ap. 21, 3-4).

Cuando Jesús nos invita a tomar nuestra cruz y a seguirlo, es una llamada a amarlo libremente. Como Él, Jesús, ama libremente al Padre y por ese amor nos salva.

Al venir a este mundo, Jesús acepta vivir la vida de los hombres como es, con sus misterios gozosos y dolorosos. En cada acontecimiento el Hijo eterno encarnado sólo tiene un deseo que es realizar la voluntad de su Padre: salvar a toda la humanidad. Al hacer la voluntad del Padre, Jesús nos salva. Todos los acontecimientos de la vida de Jesús nos salvan, desde su vida embrionaria en el seno de María hasta su muerte en la cruz.

Jesús se sitúa libremente en la voluntad del Padre a través de todos los avatares de su vida humana. Progresivamente, a través de los acontecimientos de su existencia, Cristo descubre el suplicio de la cruz al que le van a condenar los hombres. No es el Padre quien impone la muerte y la cruz. Es su misión la que atrae sobre Él, a medida que avanza, el odio de los hombres y su ensañamiento para hacerle morir.

Y eso empieza desde su infancia. Herodes quiere matar a Jesús. Durante su vida pública, Jesús va a revelar progresivamente que Él es Dios hecho hombre y salvador del mundo. Cuanto más hable, más intentarán detenerlo y eliminarlo.

Y lo mismo nos pasará si queremos ser discípulos de Cristo. Jesús nos invita, sea cual sea el acontecimiento que se presente cada día, a aceptarlo, a unirlo, en el amor, a la cruz gloriosa de Cristo para la salvación del mundo. Se trata de hacer nuestra la voluntad de Jesús y de acogerla, en nuestra vida, por amor. La vida y la salvación del hombre se concretan en nuestra participación en la vida trinitaria. Así, tomar su cruz seguir a Jesús con amor, cada día, es el camino que nos abre a la vida
que Jesús llamaba filial con todo su ser. Madre Rivier se alegraba mucho con esta alegría sacada de la cruz de Jesús. Meditemos con ella ese misterio de amor que se entrega.

Jesús, viendo el amor que su Padre tiene a los hombres, por cuya salvación le ha enviado al mundo, arde en deseo de hacerles el bien…en emplear… su sabiduría en *instruirles y mostrarles el camino del cielo. A eso destina ya todos los trabajos y sufrimientos de su vida…*Y unas líneas después, María Rivier expresa ese *deseo de Jesús de salir del seno de su Madre para nacer en un pesebre, para aceptar el sufrimiento e ir a la cruz, para cumplir la voluntad de su Padre…para ganarse nuestro corazón y dar la paz al mundo. ¡Ojalá tuviésemos tanto amor por Jesús como Él tiene por nosotros!* (VJC t. 1 p. 114).

7

NO TE BUSQUES NUNCA A TÍ MISMA

Vacíate de ti misma y no vivas más que para Dios. Camina en pos de Jesucristo por la renuncia y por todas las virtudes de este amable Salvador; si meditas en sus humillaciones harás grandes progresos en la humildad que te deseo como el paraíso. Piénsalo, sólo entrarás en él si te humillas, si te consideras pequeña a tus ojos **(TE p. 47).**

Una vez más, fijemos amorosamente nuestra mirada en la Piedad de Montpezat. María, la madre de Jesús, abre ampliamente su mano izquierda y con la otra sostiene la cabeza de Cristo muerto, el Siervo doliente. Sigue meditando en su corazón los acontecimientos de su vida. Persiste diciendo en la fe, como el día de la Anunciación: "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38).

Esclava con su Hijo Siervo, María nos ofrece a Jesús, su Hijo, y nos invita a meditar con Ella el canto bíblico del Siervo. "Indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando Él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes" (Is 53,12).

Cristo está ahí, despojado, reducido a nada por la muerte y realiza su misión en ese inmenso anonadamiento. Desde sus orígenes hasta su final es el instante crucial de la historia humana.

En ese anonadamiento (kénosis) Jesús nos revela con qué amor, sin medida, nos ha amado. Leamos lentamente, como por primera vez, este texto del apóstol Pablo: "Él, Jesús, de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres (Flp. 2, 6-8). Cuando María Rivier meditaba este misterio de anonadamiento en Jesús para que tengamos vida, experimentaba dolorosamente qué lejos estamos de parecernos a Él y seguimos viviendo en la ilusión y la idolatría del yo.

El yo ocupa casi siempre el lugar de Dios; primero yo, segundo yo y después Dios… ¿Está bien? ¿No debemos buscar a Dios en todo y no perderlo nunca de vista? **(EV p. 15)**

En este sentido, en la fe, María Rivier nos llama a seguir a Jesús. Para ello se nos pide que tengamos los "sentimientos de Cristo Jesús. A lo largo de su vida terrena, Jesús vivió ese "anonadamiento". Durante los treinta años de su vida oculta en Nazaret, aunque era Hijo de Dios, Jesús aprendió en su humanidad la obediencia a su Padre, en la sumisión a María y a José.

Durante su vida pública, Jesús se acercó a todo hombre desfigurado por el sufrimiento. Tomó sobre sí ese sufrimiento y el amor de su corazón transfiguró los cuerpos. Fue el inocente en cada hombre.

Jesús ha querido alcanzarnos en lo más íntimo. Toda esa pasión de amor loco por nosotros la centra en un gesto que anuncia su muerte en la cruz. Jesús se hace esclavo. En la esclavitud del amor más grande, "Jesús echa agua en un lebrillo y se pone a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido." (Jn. 13,4-5). Al día siguiente, acaba el gesto que había empezado: la cruz era, en efecto, para aquella época, el suplicio reservado a los esclavos, señal de vergüenza y de maldición.

¡Con ese amor nos ha amado Jesús! Cuando se encuentra más anonadado es cuando Cristo realiza más plenamente su misión. Por ese don de sí mismo y por su anonadamiento total, toda la humanidad resplandece con la hermosura de Dios.

Por su pasión y cruz y por el sacramento del bautismo que tiene en ellas su origen, Cristo es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. Cada uno de nosotros nace en sí mismo a un nuevo ser: nos hacemos Cristo, estamos *cristificados* (2 Co 5,17). Por mi bautismo he entrado en ese camino de anonadamiento. Así ya no me pertenezco. Pertenezco totalmente a Jesucristo. "Cristo murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co 5,17).

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, nuestro Dios es amor. Si quiero vivir en Dios, el amor ha de aniquilar en mí todo lo que no es amor. María Rivier fue colmada de esta gracia e invita a sus discípulas a acogerla:

> ***Ánimo, hija mía, ame la cruz, ame a Jesús crucificado. Hágalo todo por su amor… no se busque nunca*** **(TE p. 31).**

En nuestro bautismo y nuestra confirmación obtenemos esta gracia. En estos sacramentos el Espíritu Santo realiza en nosotros la acción de Jesús. No pertenecernos ya, pertenecer a Cristo Jesús es no querer dirigir nuestra vida según nuestra voluntad, no ser el centro de nosotros mismos y de nuestras decisiones, como Jesús lo vivió haciendo siempre lo que agrada al Padre.

Ese movimiento de desapropiación de nosotros mismos es el que celebramos en la misa, con Cristo. Una oración eucarística lo atestigua:

"Él mismo se entregó a la muerte y, resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida. Y porque ya no vivamos para nosotros mismos sino para Él, que por nosotros murió y resucitó…"

El autor de *Espíritu y Virtudes de María Rivier* nos dice que María vivía en la Eucaristía ese movimiento de anonadamiento con Cristo, en el amor:

"Después de la comunión hemos de vivir en compañía de Jesús, que habita en el fondo de nuestro corazón, dialogando interiormente con Él, llenarnos de su Espíritu y vivir de su vida, de modo que podamos decir con el Apóstol: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. El fruto de una buena comunión, añade, es la imitación de Jesucristo: pensar como Él, amar lo que Él amó, obrar como Él, imitarle en todo interior y exteriormente: esa es la perfecta acción de gracias" (EV p. 49).

La comunión, en la Eucaristía, en el cuerpo y sangre de Cristo, nos introduce en la comunión con todo el cuerpo de Cristo; es decir, con el amor universal por todos los hombres, pues Jesús derramó su sangre por la multitud. Ese es el criterio radical de nuestra vida en Cristo.

Jesús, cuando termina de lavar los pies a sus discípulos, nos invita a ese desprendimiento y desapropiación de nosotros mismos: "Que también vosotros hagáis lo que yo he hecho con vosotros" (Jn 13,14).

Nuestra mirada de fe en Jesús, la gracia que nos viene de su anonadamiento nos llevan poco a poco a tener “los sentimientos de Cristo Jesús”.

Con María Rivier, meditemos el ejemplo de Jesús anonadándose y entregándose por amor. Aprendamos de Él el olvido de nosotros mismos y el amor a nuestros hermanos donde se verifica nuestro amor por Dios.

> ***Con qué amor Jesús ha querido a los hombres; con qué bondad acogió a los pecadores e incluso salió a su encuentro; con qué paciencia soportó los defectos, la ignorancia, la grosería de sus Apóstoles; qué amor tan incomprensible le llevó a morir por todos los hombres. Cuando os veáis tentadas de apartaros de las leyes de la caridad… suspended por un momento la impetuosidad de vuestro genio, de vuestra impaciencia, de vuestra antipatía y poned en el Corazón Sagrado de Jesús a ese niño, a ese enfermo y ved cuánto le ama este buen Maestro. ¿Tendréis entonces el valor de alimentar en vosotras sentimientos opuestos a los suyos? (EE p. 135).***

LO RECONOCEREMOS EN LOS POBRES

8

> ***La fracción del pan significa la limosna y todas las obras de misericordia espirituales y corporales que hacemos con el prójimo. Romped vuestro pan, dice Isaías, y dadlo al que tiene hambre, es la forma de conocer a Jesucristo… lo veremos y lo reconoceremos en los pobres*** **(VJC t.3, p. 93).**

A los pies de la Virgen de los Dolores *de* Montpezat, siendo aún muy niña, María Rivier descubrió su misión. Contó a Sor Sofía cómo nació en ella esta vocación:

> ***De repente, por vez primera, me vino a la cabeza la idea de que, si Dios me curaba, dedicaría el resto de mi vida a dar clase a los niños… Desde aquel instante, la idea de las escuelas apenas si se apartó de mi espíritu. Por eso, desde aquel día, sentí un deseo cada vez más vivo de curarme de mi minusvalía para poder instruirme (VHP p.18).***

El P. Th. Rey-Mermet añade: "Y su larga súplica de cada mañana a la Madre de la Piedad tomaría acentos: nuevos *Virgen Santa, cúrame, y te recogeré niñas; les daré clase y les diré que te amen"* (VHP p.18).

El carisma de acoger a los niños pobres para educarlos, que había sacado de su oración ante la Piedad, se ve confirmado, más tarde, al contemplar las llagas de Cristo muerto y resucitado. Fascinada por las llagas de Jesús que descansa en el corazón de María, Madre Rivier se cuela en el acto de fe del apóstol Tomás:

> ***Fue el primero que confesó claramente que Jesucristo era verdadero Dios y verdadero hombre.*** **Y dijo: *¡Señor mío y Dios mío! Veo a uno y creo en el otro. Creo que sois Dios porque veo brillar heridas en el cuerpo de un Hombre resucitado*** **(VJC t. 3, p.101).**

La alegría pascual de la Iglesia es una verdadera fiesta en el corazón de María. M Hamon, su primer biógrafo, así lo manifiesta:

"Cuando llegaba el día de Pascua participaba de la alegría de los discípulos y de las santas mujeres que tuvieron la dicha de ver y de conversar con Jesús Resucitado. Experimentaba un consuelo muy especial hablando de sus apariciones y comunicaba a los demás los sentimientos de piedad y alegría que embargaban su corazón. A los días entre Pascua y la Ascensión los llamaba la Cuarentena Gloriosa" (EV p.46).

Madre Rivier ha escrito esto que confirma ese gozo pascual: *Es normal, en efecto, que nuestro Señor haya querido mantener sus llagas después de la Resurrección.*

> ***Esas llagas son… pruebas incontestables de su Resurrección*** **(VJC t. 3, p.99).**

María Rivier comparte el deseo de Tomás de ver al Resucitado y oye la respuesta, fuente de una nueva luz. Jesús nos indica que, en adelante, Él está en todo hombre herido, en todo sufrimiento.

El Resucitado se presenta con un cuerpo marcado por el drama de la Pasión. Mientras la esperanza se imagina siempre, de forma secreta, que el Salvador va a eliminar todo sufrimiento, el Resucitado en el camino de Emaús al explicar las Escrituras, nos dice que era necesario que Cristo padeciera y entrara así en la gloria. Él se revela en el rostro del extranjero, del prisionero, del enfermo.

Explicar así la esperanza cristiana, es recobrar el combate de la justicia contra el mal, es ser llevado a lo que constituye el centro mismo de la acción ética, a saber, la compasión con los pequeños y a decir humildemente cada día con ellos: líbranos del mal.

El apóstol Tomás y los discípulos de Emaús son los testigos de la Resurrección con los que María Rivier parece tener mayor afinidad. Al meditar sobre la comida de Emaús, se ve confirmada, de alguna forma, en el carisma de amor y acogida de los pobres. El evangelista Lucas escribe que Cleofás y su compañero reconocieron a Jesús al partir el pan.

María Rivier recibe con fe este mensaje. A Cristo resucitado lo encontramos en el partir el pan con el pobre. Estamos en el corazón de la Buena Noticia de Cristo glorificado. Hemos de escucharlo de nuevo: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños a mí me lo hicisteis” (Mt 25).

Esta fe en Cristo resucitado que camina con los pobres, los pequeños y los huérfanos, estructura el carisma de María Rivier.

En el sacramento del hermano, el encuentro con el Resucitado la hace exultar:

> ***¡Qué hermosa es nuestra vocación! Tiene sus pruebas, pero no perdamos nunca confianza. Dios nos ha marcado desde nuestros orígenes con la señal con la que su divino Hijo ha dado prueba de su divinidad: ¡hemos evangelizado a los pobres!*** **(FM p. 146).**

UN ÉXTASIS DE ALEGRÍA INCREÍBLE

9

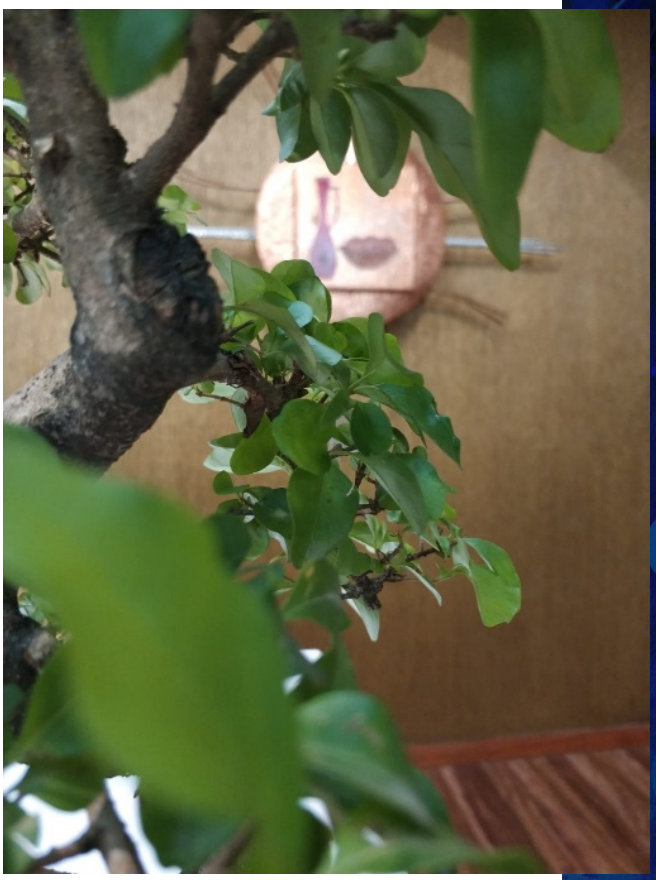
> ***La fracción del pan significa la sagrada comunión. Acudían asiduamente,*** **dice San Lucas hablando de los primeros cristianos,** ***a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones*** **(Hch. 2,42).** ***Las personas fervorosas reconocen al Señor en la fracción del pan… sólo pueden saciar su hambre que les acucia, recibiendo su Sagrado Cuerpo, con una avidez espiritual que no se puede describir y un éxtasis de alegría increíble*** **(VJC t.3, 94)**

Los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación que brotan de la muerte y de la resurrección de Jesús, son los primeros frutos de Pascua. Los discípulos de Emaús reconocen al Resucitado en la fracción del pan.

El sacramento de la Reconciliación se instituyó en el Cenáculo por el don que Cristo Resucitado hace del Espíritu Santo para el perdón de los pecados. “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados les serán perdonados”.

Como todos los sacramentos de la Iglesia, la Eucaristía y la Reconciliación tienen su fuente común en el misterio magnificado en la madera por el escultor de la Piedad de Montpezat

La Eucaristía



En lo que se refiere a la Eucaristía, Madre Rivier retiene tres apariciones del Resucitado. Su fe se alimenta, lo notamos, en una lectura asidua de los Evangelios. Primero señala en el episodio de Emaús que la Eucaristía es el encuentro de dos deseos… y el de Cristo es primero y mayor. “Con ansia, dijo Jesús antes de la Cena, he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (Lc. 22,15). Y María se hace eco al contemplar la cena de Emaús.

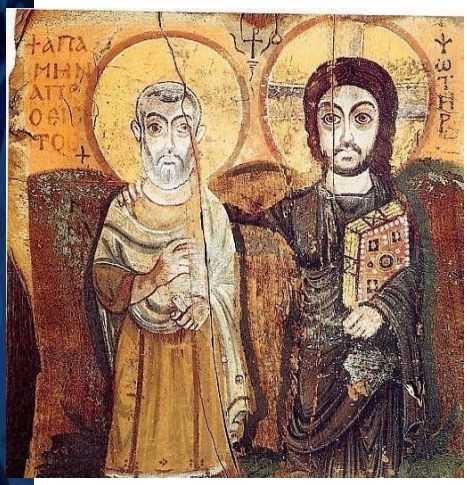
> ***Sus dos discípulos le manifiestan un vivo deseo de retenerlo con ellos, sin embargo, podemos decir que por vivo que sea el deseo que tienen de poseerlo, Él tiene un deseo infinitamente más vivo aún de darse a ellos, como lo hizo al partir el pan y al dárselo en comunión*** **(VJC t.3, p. 76).**

María Rivier recuerda que la Eucaristía es Pan de Vida y anima a desear ese pan vivo. Hay que ir a Cristo para que Él sacie nuestra hambre con su Cuerpo y con su Sangre y nos ilumine con una verdadera alegría.

> ***Ahí es verdaderamente donde las personas fervorosas reconocen al Señor, en la fracción del pan, y hacen bien en ver, como esos dos discípulos, que Jesús camina con ellas, porque su corazón está ardiendo y lleno de Él: como siempre tienen hambre de ese pan celestial, abren continuamente la boca de su corazón y la de su cuerpo para recibir a Jesucristo como el verdadero pan de vida, y sólo pueden saciar su hambre***

***que les acucia, recibiendo su Sagrado Cuerpo, con una avidez espiritual que no se puede describir y un éxtasis de alegría increíble* (VJC t.3, p.94).**

Meditando también el encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús, Madre Rivier comprende a qué vocación tan profunda nos lleva la Eucaristía, al corazón de la Santísima Trinidad… al realizar nuestra labor cotidiana, la más sencilla. Jesús anuncia magníficamente nuestra vocación divina: permanecer en Él y Él en nosotros, vivir para Él. Y María Rivier comenta:



***Consideremos la extrema bondad de Jesucristo. Entra en la casa de los dos discípulos y se pone a la mesa con ellos: así hace con nosotros en la comunión, en la oración y en todas nuestras acciones; porque, puesto que Él dice que separados de Él no podemos hacer nada* (Jn 15,5); *en todo lo que hacemos, para hacerlo bien ha de intervenir Él. Es preciso, por así decirlo, que entre en nuestras casas, en nuestras clases, que salga con nosotros, que camine con nosotros, que hable con nosotros, que rece con nosotros, que trabaje con nosotros* (VJC t.3, p.91).**

María Rivier es también muy sensible a la aparición de Jesús resucitado al apóstol Tomás ocho días después de Pascua, lo cual la lleva a confirmar su fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Sí, realmente la Eucaristía es, como lo proclama la Iglesia, el misterio de la fe. En la Eucaristía sólo hay lugar para la fe pura que se fundamenta únicamente en la palabra de Jesús, la fe en el Amor:

***Lo que es el sol al mediodía, lo es el amor de Jesucristo para con nosotros en el sacramento de la Eucaristía; está en el punto más alto de su luz y de su ardor. ¿Qué hace Jesús en este sacramento? Nos ama. Esta palabra lo dice todo y responde a cuanto podemos pedir de Él…Aquí sólo reina el amor* (VJC t.3, p.284).**

La Reconciliación

Este sacramento manifiesta eficazmente la misericordia del Padre que se muestra en el misterio pascual de Cristo y el don del Espíritu Santo para la remisión de los pecados. Es el sacramento de nuestra conversión, del paso a una vida nueva…Espontáneamente, María Rivier asocia la reconciliación con la *cuarentena gloriosa*, pues es un tiempo de paso, ella subraya esta palabra:

***Recordemos que el tiempo de Pascua, según la etimología de la palabra, es un tiempo de paso… no retrocedamos, no volvamos más a nuestras malas costumbres, a nuestra tibieza, sino sigamos el consejo del Ángel (Mt 28, 5-7); vayamos a Galilea que quiere decir lugar de paso. Pasemos del vicio a la virtud, de las tinieblas a la luz, de la tierra al cielo; ahí es donde veremos y poseeremos a Jesús en su gloria, con la seguridad de no perderlo jamás* (VJC t. 3, p. 41).**

Entre Pascua y la Ascensión, Jesús resucitado desea la paz a todos los que encuentra, En efecto, hay una misteriosa correspondencia entre el misterio pascual y la paz. El apóstol Pablo lo establece así: “Porque en Él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por Él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz” (Col 1, 19-20).

En cada confesión, al renovar en nosotros la gracia de nuestro bautismo, estamos asociados, cada vez más, a la muerte y resurrección de Jesús. “Estamos en paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo” (Rm. 5,1).

Esta paz pascual, esta "nueva paz" es la que canta María:

> ***No es que las almas que pertenecen a Jesucristo estén exentas de defectos; los tienen sin duda… pero si cometen faltas, se levantan inmediatamente o, mejor dicho, Nuestro Señor Jesucristo las levanta… Es tan bueno, que primero se deja encontrar. Luego se reconcilia con ellas y hace una nueva paz*** **(EE p. 29).**

Siempre en este espíritu pascual, Madre Rivier se complace en meditar el diálogo de Cristo con Pedro, en la aparición a orillas del lago (Jn. 21, 1-19). Jesús llama a Pedro que le ha negado tres veces cuando la Pasión a amarle aún más que antes de la traición.

A partir de esta llamada de Jesús, María nos invita, con toda confianza, a entrar en el sacramento de la Reconciliación.

> ***Admiremos aquí la bondad de Jesucristo que hace que su discípulo (Pedro) recobre por la penitencia más de lo que había perdido; no le reprocha su falta porque olvida fácilmente el mal que le hacemos con tal de que nos arrepintamos. Por lo tanto, que nuestras faltas no nos desanimen: si queremos podemos borrarlas con nuestras lágrimas e incluso superar a los que son inocentes, si amamos a Jesucristo con más ardor del que ellos tienen por Él… Cierto, deberíamos amarlo mil veces más…*** **((VJC t. 3, p. 139).**

Con una perspicacia del todo espiritual, María Rivier aparta uno de los obstáculos que nos hacen temer el sacramento de la Reconciliación. Cuando cometemos una falta, nos encerramos en nuestro remordimiento, humillados por nuestro pecado y nos olvidamos de la bondad de Dios. ***Os ocurre también muy a menudo que os enfadáis más por vuestras faltas porque os humillan que por haber ofendido a Dios… ¡Vaya contrición! La pena de haber disgustado a Dios ha de estar por encima de todo lo demás*** **(EE p. 108).**

Con María Rivier acogiendo la paz y la alegría del Resucitado, ¿cómo no hacer nuestra esta oración que la Iglesia pone en nuestros labios en cada celebración eucarística. Ahí está todo cuanto hemos meditado hoy:

> Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles:
> Mi paz os dejo,
> mi paz os doy.
> No mires nuestros pecados,
> sino la fe de tu Iglesia.
> Y conforme a tu palabra
> concédele la paz y la unidad
> contigo y con nuestros hermanos.

10 UN EVANGELIO ABIERTO

Hemos de ser para todos por nuestra santidad y nuestras obras, el evangelio abierto, el evangelio explicado. Ya sea que hablemos o que caminemos, cualquier cosa que hagamos, todo ha de llevar a los que nos ven a pensar en Jesucristo y a honrarle (VJC t. 1, p. 430).

En su último suspiro Jesús, el Verbo encarnado, acaba de decir: "Todo está cumplido" (Jn. 19, 30). Jesús llevó a cabo plenamente la misión que había recibido de su Padre, para la salvación del mundo. La misión que al principio de su ministerio enunciaba así en la sinagoga de Nazaret: "El Espíritu del Señor sobre mí porque me ha ungido" (Lc. 4, 18-21). Llevar la Buena Nueva a los pobres, anunciar, proclamar… Ese fue el pan cotidiano de Jesús durante los años en los que recorrió Palestina.

En lo sucesivo, el Enviado del Padre, su Profeta, descansa inmóvil en la muerte sobre las rodillas de María, su Madre. La multitud de Jerusalén ha vociferado durante esta víspera del sábado para hacer callar a la Palabra viva del Padre. El mensajero de la Buena Noticia que ha recorrido pueblos y ciudades se encuentra con los pies llagados porque estuvieron clavados en la cruz de la infamia. Humanamente hablando, todo está terminado. Y sin embargo todo continúa, pero de otro modo. Resucitado de entre los muertos, Cristo Jesús prosigue el camino para explicar a Cleofás y a su compañero "lo que le atañe en las Escrituras". Maravilloso camino el de Emaús en el que Jesús resucitado se hace el catequista de esos hombres que no olvidarán nunca el fuego que abrasó su corazón. Con el Maestro ya resucitado surgió, por su palabra, una multitud de mensajeros del Evangelio, cautivados por la misión que Jesús les ha dejado, en su Ascensión.

Habiendo recibido con profusión el don del Espíritu Santo, todos se ponen en camino para llevar la salvación hasta los confines de la tierra.

A este compartir la Palabra viva del Padre fue llamada María en su bautismo. Como los profetas, ese día recibió la unción del Espíritu Santo. ¡Profeta! Que esa palabra no nos desoriente. El profeta es esencialmente un hombre que habla en nombre de Dios bajo la inspiración del Espíritu, que revela el misterio de su designio, su voluntad, en las circunstancias presentes. Edifica, anima, exhorta

Dirigiéndose a las responsables de las comunidades de la Presentación de María, Madre Rivier recurre a este carisma, esencial para ella:

Su deber fundamental es, pues, imitar a nuestro Señor, que según dice San Lucas, empezó por hacer y después enseñó. En una palabra, todas sus acciones han de ser como un catecismo perpetuo que enseñe a los demás a vivir cristianamente su vida, un Evangelio abierto, donde cada una pueda leer la forma como debe portarse para conformarse a la máxima de Jesucristo, vivir según su Espíritu y los deberes de su estado **(UC pp 7-8).**

Para María, profetizar o hacer el catecismo es lo mismo. Se trata de abrir ampliamente el Evangelio de Jesucristo para descubrir en él al Padre que se revela. Desde su más tierna edad, antes incluso de estar curada, María se dedicó a esa misión.

Más tarde, confiará a Sor Sofía esta vocación que surgió en ella cuando pasaba horas, inmóvil, ante la Piedad de Montpezat.

> ***Me veía rodeada de un grupo de niños a quienes daría clase y enseñaría el catecismo, y esta idea me encantaba… un movimiento secreto me llevaba a entregarme a esa obra de una manera irrevocable. Y desde ese día sentí, más vivo que nunca, el deseo de curarme de mi minusvalía para poder instruirme*** **(VHP p. 18).**

Muy pronto María comprendió que el anuncio de Jesucristo no es sólo cuestión de saber o nociones que hay que retener. Es preciso que a todas las personas se les capacite plenamente para este cometido: mente, corazón y cuerpo. La palabra de Dios es viva y hay que captar toda la vitalidad del catequista y del catequizado. En cuanto María fue curada y se puso a caminar "viva y hábil con sus muletas, organizaba pequeños espectáculos y también viajes al calvario, especie de procesiones de la Pasión, por Montpezat… recitando el rosario en voz alta" (VHP p. 20).

Sus antiguas alumnas dan testimonio de ello: "Nos enseñaba con tanto esmero el catecismo que estábamos muy seguras en la fe y a menudo ella añadía a sus explicaciones palabras inflamadas. Hay una que repetía con frecuencia: ***Hijas mías, quiero llevaros a todas al paraíso*** (VHP p.29).

Y María infunde una dimensión universal a su catequesis:

> ***El celo de los hijos de Dios ha de ser como la avaricia de las personas del mundo, voraz e insaciable. Mientras sepamos que hay un rincón de la tierra donde nuestro Señor Jesucristo no es conocido ni amado como debe serlo, no podremos descansar*** **(VHP p.**45).

En su *Reglamento de las Escuelas,* Madre Rivier recordará que esta pasión de anunciar a Jesucristo en la catequesis profética sigue siendo la primera exigencia de todas las religiosas como de todo catequista.

Experimentará una secreta alegría, sentirá que sus fuerzas se reaniman y que su celo se inflama cuando llega el momento del santo ejercicio del catecismo.

“Este es el fin de su Instituto: compartir con Jesucristo el amor tierno y ardiente que tiene con las almas rescatadas por su sangre, enseñar a los niños a conocerle y a amarle desde su más tierna edad.”

Madre Rivier nos revela de dónde saca esa savia evangélica. En una meditación sobre el episodio de los discípulos de Emaús, nos indica la fuente de esta fuerza profética (cf. Lc. 24, 13-35).

> ***Admiremos aquí esa bondad, esa dulzura y esa condescendencia con la que el Buen Pastor busca a sus fieles para devolverlos al aprisco. Toma el mismo camino que sus dos discípulos, aunque hubiera podido coger otro, si hubiera querido para ir a Emaús donde se propone darse a conocer. No se desanima por su debilidad o por la flaqueza de su fe… camina con ellos a su ritmo; no va más despacio porque no les hubiera podido alcanzar, ni más deprisa porque pronto los hubiera dejado atrás; va como ellos y con ellos. Este proceder de Jesús con sus dos discípulos nos muestra la forma con la que actúa a menudo en nuestro corazón.***

María Rivier, como educadora y madre espiritual, sabía que cada persona es única, y que no se puede llevar a todos de manera unánime. Hacerse todo a todos, decía el apóstol Pablo. Reconocer y respetar a cada uno en el encuentro con él, es ya el Evangelio vivido antes de proclamarlo, es imitar a Jesucristo que camina al paso de los discípulos, es respetar la acción del Espíritu.

> ***Muy a menudo, toda la eficacia de la gracia, viene de la relación que tiene con las circunstancias en las que se encuentra la persona, de una suave condescendencia del Espíritu de Dios, que se ajusta a la voluntad de la persona y que coge tan a propósito la inclinación de su corazón, que logra su consentimiento sin coaccionar su libertad, pues Él quiere acomodarse a nuestras debilidades, y lo hace con admirable bondad*** **(VJC t. 3, pp 72-73).**

Siguiendo con su meditación sobre Cristo resucitado en Emaús, María se detiene en la fracción del pan (Lc 24, 30-31).

> ***La fracción del pan significa la Palabra de Dios que se reparte a los hijos de la Iglesia. ¿Queremos crecer en el conocimiento de y el amor de Jesucristo? Imitemos a estos dos discípulos, que escuchaban con santa avidez la palabra del Señor que les descubría el misterio de la Cruz*** **((VJC t. 3, p.93).**

Del corazón de Jesús, Buen Pastor, es de donde brota el fuego de ese amor impaciente por extenderse. A María Rivier le gusta llamarlo celo. Confiesa que en ella era una pasión. Se alimentaba en el fuego de la palabra del Señor que abrasaba el corazón de los discípulos, ***como la columna del desierto que los guiaba por el camino, columna de fuego que quemaba interiormente su corazón.*** **((VJC t. 3, p.93)**

Después de los Apóstoles y de la Beata María Rivier, la misión profética sigue siendo la misma. Cierto, en nuestra época el catecismo se ha transformado en catequesis para los niños y adolescentes. Muchos adultos, desde el catecumenado, también se preparan para el bautismo. Es también importante la formación bíblica, teológica y moral que se ofrece a los creyentes. La intuición sigue siendo la misma que aquella con la que Dios colmó a María Rivier.

Con el Papa Pío IX que acababa de escuchar al Vicario general de Viviers hacer el elogio de la Fundadora, podemos maravillarnos: “María Rivier es la Mujer- Apóstol, una maravilla de celo” (Pío IX, abril de 1869).

Jesús nos revela de donde brota ese celo que anima a los profetas y habita su corazón de Hijo. Jesús, profeta del Padre, nos lleva allí con la oración que formula para nosotros y a la que podemos unirnos:

Padre, te ruego por los que me has dado.
No ruego sólo por éstos,
sino también por aquellos que,
por medio de su palabra, creerán en mí.
Que todos sean uno, como tú, Padre,
en mí y yo en ti …
Yo les he dado a conocer tu nombre
para que el amor
con que tú me has amado esté en ellos (Jn 17).

11 JESÚS PAGA AL CONTADO

Penetrad muy adentro en este amable Corazón por la oración, para sacar de él una caridad semejante a la suya. Os presenta su costado abierto para curar las llagas de vuestra alma, para animar vuestra fe, fortalecer vuestra esperanza y avivar vuestro amor (EE p. 57).

Al contemplar la Piedad de Montpezat, María Rivier no nos ha dejado huella más que de su diálogo con la Virgen María, pero ¿no fue también ahí donde, durante los muchos días de su infancia, aprendió el corazón a corazón con Jesús? Más tarde escribirá que para sus discípulos, es una necesidad vital el mantenerse con fe viva ante el Maestro que nos presenta su costado abierto, fuente de todo amor.

Sabe que el Espíritu Santo es el maestro de la oración. No es extraño que Madre Rivier se incluya en la línea de los orantes de todos los tiempos que hicieron la experiencia del Dios que mendiga amor. *¿No es sorprendente que este Rey bondadoso esté siempre a la puerta de nuestro corazón, suplicándonos que se la abramos y que no vayamos nunca a llamar a la suya, como Él nos invita para merecer su favor?* (EE p.22). Confirma lo que el autor del Apocalipsis dice a la Iglesia de Laodicea de parte del Señor: "Estoy a la puerta y llamo".

Esta delicadeza divina que fundamenta toda vida de oración, despierta en el corazón de María Rivier una exultación de gozo impregnada de Espíritu:

La conversación familiar con Nuestro Señor… qué acciones de gracias hemos de dar a esta divina Majestad por haber bajado al abismo de nuestra miseria para elevarnos al honor incomparable de su trato, de su intimidad, incluso de su familiaridad y en fin hasta el esplendor de su gloria. ¡Oh gracia inefable! Qué es el hombre, Dios mío, ¿para que así le trates? **(EE p.21).**

Para que esta alegría espiritual permanezca, hemos de estar atentos para no sucumbir a ese veneno de la vida en Cristo y por lo tanto de la oración que consiste en rumiar nuestro pecado en lugar de abrirnos al Salvador. María tiene la experiencia de este combate espiritual. Invita a sus religiosas a expulsar de su corazón esos pensamientos nocivos.

No resistáis a las inspiraciones de su gracia, Él está dispuesto a daros su corazón que encierra todos los bienes y todos los tesoros del cielo, con tal de que le deis el vuestro: no se lo rehuséis, dádselo sin reserva e indiviso **(EE p.57).**

No hay que olvidar nunca que nuestra miseria *reclama* la misericordia de Cristo que ha venido a llamar no a los justos sino a los pecadores. Con toda la Iglesia, María descubre que sobre todo en la oración es donde se realiza el sueño de amor de Dios para con nosotros, pues "Dispuso Dios, en su bondad y en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad" como lo afirma el concilio Vaticano II.

Digamos que Madre Rivier, cuando habla de la oración, emplea esta hermosa fórmula: ***Conversación familiar con Nuestro Señor.*** Estamos llamados a esta intimidad. Moisés conoció

esta dicha: “El Señor conversaba con Moisés cara a cara como un hombre conversa con su amigo (Ex 33,11).

María Rivier comprendió, por instinto, el deseo que Dios tiene de acercarse a nosotros para invitarnos a entrar en comunión con Él. Nada es más importante para ella que *la vida de oración.* ***Quiero hablar de esa oración continua que ha de preceder, acompañar y seguir a todas nuestras acciones, de ese grito del corazón por el que reclamamos incesantemente la ayuda de Dios, le pedimos su espíritu y que nos dé a conocer su voluntad y la fuerza para cumplirla*** **(ÚC p.8).**

María Rivier nos habla de experiencia y nos invita, con alegría, a ese diálogo que nos satisface plenamente:

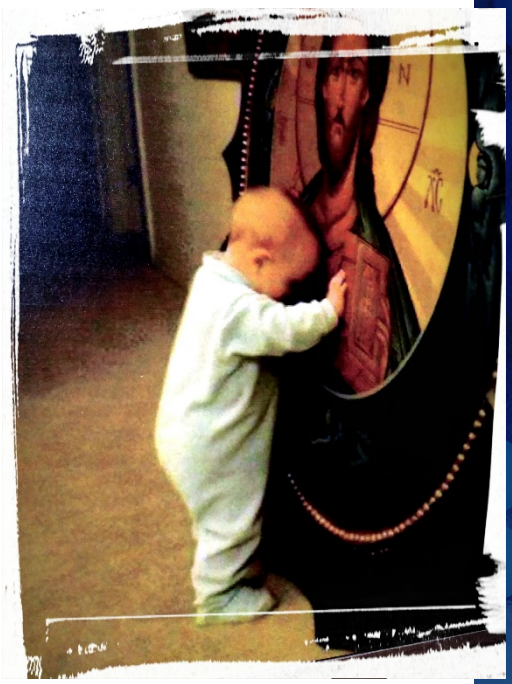
> ***Dichosos los que son admitidos a esta santa morada; ahí las almas hambrientas se nutren de un maná delicioso; ahí las almas sedientas se desalteran en ese manantial de salvación, en esa fuente del paraíso; ahí las almas purificadas se purifican más y más, las santas avanzan de luz en luz, de virtud en virtud y se perfeccionan sin cesar en la santidad*** **(EE p. 49).**
>
> ***Incluso si, a veces, nuestro tiempo de oración implica tener distracciones o pasar por períodos de aridez, ¿creemos, más allá de lo que percibe nuestra sensibilidad, que la Santísima Trinidad ilumina nuestro ser y lo transforma? Unidos a Jesús, sin sentirlo, nos revestimos gradualmente de Cristo Jesús pensando, hablando, obrando como Él… de suerte que nos asemejemos a Él interior y exteriormente (EE p. 43)***

Terminemos con esta nota de humor que brota del corazón de la Madre:

> ***En nuestro trato con Él, se nos da la alegría espiritual que Jesucristo hace gustar a los que le aman y se esfuerzan por conocerle. Eso hizo decir a San Juan Clímaco que Jesucristo paga al contado en las intimidades que se tienen con Él, el céntuplo de lo que hemos dejado por su amor*** **(EE p. 14).**

En líneas más elocuentes que muchos tratados sobre la oración, María Rivier nos deja, en uno de sus escritos, los sentimientos que han de alimentar su contemplación (cf. VJC t. 3, p. 363). Que estas líneas sostengan nuestra oración de este día.

Padre infinitamente bueno,
haz que siga los movimientos de tu gracia,
a fin de no descuidar nada
para conformarme con Jesucristo
para caminar tras sus huellas,
para seguir sus ejemplos,
para caminar, en fin, como Él caminó;
en una palabra,
para cumplir en todo tu voluntad…
Esa es la” adoración en espíritu y en verdad”
que tú buscas…
¿No mereces, por tantos motivos,
que te ame con todo mi corazón,
con toda mi alma, con todas mis fuerzas
con todo mi espíritu? Así es como quieres ser amado,
Padre infinitamente amable.



12 HE AQUÍ EL ESPOSO

> ***Un cortesano se considera muy honrado de conversar con su señor; y una sierva de Jesucristo se aburre de hablar con el suyo. ¿De dónde viene esto, sino de que nuestra fe es demasiado débil y nuestro amor demasiado tibio, o más bien de que no sabemos siquiera lo que es amar?*** **(EE pp. 22-23*).***

¡La Piedad…siempre la Piedad de Montpezat! El Cristo yacente acaba de ser descolgado de la cruz donde ha muerto para sellar con la humanidad en su sangre, "la Alianza nueva y eterna" (1 Co, 11,25).

Como lo celebra el cántico del Apocalipsis, a esta Alianza está llamada toda la humanidad: "Porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado" (Ap 19,7).

El Esposo es Cristo, el Cristo crucificado y después resucitado. Todos estamos llamados a entrar en esos desposorios y a formar la Iglesia, esposa de Cristo Jesús.

La Iglesia aparece, nos dice el Concilio, "como la esposa inmaculada del Cordero sin mancha. A esta esposa Cristo la ha amado y se ha entregado por ella para santificarla. Se la ha asociado por un pacto indisoluble y la alimenta y cuida sin cesar. Esta Alianza se nos propone a todos, se inaugura en el bautismo y se realiza en la vida cristiana.

María Rivier, lúcida en su fe, sabe que, al fundar un nuevo Instituto religioso, se compromete a vivir en Iglesia, esposa de Cristo, una vida de esposa. El camino por el que se siente llamada está en el centro de ese misterio de alianza que fundamenta la Iglesia. También ella propone a sus discípulas una consagración especial que acrecienta la consagración del bautismo.

Madre Rivier llama así a una vida esponsal:

> ***Esto es lo que deben ser las esposas de Jesucristo, lo que debemos ser nosotras mismas para hacernos dignas de ser la morada de Dios, el templo de Jesucristo y la voz del Espíritu Santo.***
>
> ***Ha de habitar en nosotras por la fe, actuar en nosotras por la práctica de las buenas obras, descansar por la serenidad de nuestras pasiones y la humildad, ha de reinar en nosotras por la caridad y ejercer su dominio de amor sobre todas las potencias del alma… ha de hablar en nosotras como hablaba en San Pablo; ha de actuar y vivir en nosotras para que podamos decir como este gran apóstol: No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mi; mi corazón es el lugar de sus delicias y Él es el paraíso de mi corazón*** **(EE p.13).**

María Rivier, confirma aquí, después de muchos místicos, el carácter exclusivo, apasionado, totalizante de ser la esposa del Amado, como se dice en el Cantar de los Cantares: "Mi amado es para mí y yo para mi amado" (Ct 2,16). Y Madre Rivier amonesta a las religiosas que tardan en dejarse llevar en este diálogo inflamado de amor con Cristo Esposo: ***Una esposa está encantada de gozar de la conversación con su esposo y ¡una esposa de Jesucristo se hastía de conversar con este divino esposo!*** **(EE pp. 22-23).**

La unión con Cristo Esposo es para María Rivier la regla de oro del carisma de la Presentación de María. No cesa de invitar a sus Hermanas y a nosotros mismos:

> ***Si queréis hacer, en vuestra vocación, todo el bien que el Señor espera de vosotros, habéis de empezar por santificaros, esforzándoos por orar ininterrumpidamente, elevando con frecuencia el corazón a Dios. Sin esto, trabajaréis en vano*** **(TE pp. 17-18).**

María Rivier es la primera en hacer de su vida cotidiana la de una Esposa que se ocupa de su Amado, el Señor Jesús. Este es el testimonio que da M. Hamon:

"Se había hecho una celda en su corazón donde sabía hallarlo y mantenerse humilde y pequeña en su presencia, interrogarle, escucharle y conformarse en todo con el espíritu de Jesucristo, con las disposiciones de su corazón y las máximas de su Evangelio. Era lo que ella llamaba *el trabajo del corazón* u *obrar en su interior…* Si recibía alguna visita o tomaba parte en alguna conversación que no exigiera su total atención, dejaba hablar a los demás y aprovechaba esos momentos para recogerse en Dios y conversar con Él. *Nunca estoy más libre para unirme a Dios,* decía" (EV p. 34).

Como vemos en este texto, María trata de vivir en unión continua con Cristo Esposo, a lo largo de sus días. Esta unión se fortalece evidentemente en la oración y en la vida sacramental. La actitud de Madre Rivier nos revela ese aspecto totalizante que cautiva a la esposa y la llama cada vez a una mayor vigilancia respecto de la presencia de su amado Esposo, Se trata de velar. A esa vigilancia nos llama la Iglesia en pos de tantos que, velando, han esperado a Cristo.

"Velad" es el grito que resuena en la liturgia del Adviento: "Es Jesús el que nos da la alegría de entrar ya en la liturgia de su venida, para que cuando venga, nos encuentre vigilantes en la oración y llenos de alegría".

Con insistencia, Cristo Esposo incita a su Iglesia a la vigilancia en la parábola de las diez vírgenes. Al oír ese grito en medio de nuestra espera, "¡Ya está aquí el novio!¡Salid a su encuentro!" (Mt 25,6), ¿saltamos de alegría? En este fragmento evangélico se trata de la vuelta del Señor en su gloria al fin de los tiempos. Pero la espera de esa vuelta se construye desde ahora. En cada instante resuena el grito: "¡He aquí el Esposo!".

Nuestra unión con Cristo Esposo se realiza de dos formas que avivan un mismo ardor amoroso por Cristo que viene: la oración y el servicio a los hermanos.

María pide a sus comunidades que sean signos del Reino, puestos de vigilancia para celebrar al Señor que llega. ***Sí, la práctica de esta unión, creada y sostenida siempre por la caridad, es la que constituye la dicha de una comunidad, la convierte en el buen olor de Jesucristo y la transforma en el delicioso jardín del Esposo (*****EE p. 130).**

En su labor educadora o sanitaria, Madre Rivier invitaba también a sus Hermanas a interpelar en esta perspectiva de Cristo Esposo que es la esperanza de la Iglesia:

> ***Qué alegría y qué consuelo cuando después de tener la dicha de formar en los corazones otros Cristo, tendréis también el de gozar de su divina presencia en el cielo*** **(ÚC p.22).**

Reconociendo el misterio de alianza nupcial en el que estamos comprometidas y que se realiza en la Iglesia hasta la vuelta del Señor, María Rivier exclamaba: **"*Tendríamos que ser de fuego cuando rezamos por la Iglesia y por el mundo* ".**

13 CONDUCE A TUS HIJAS POR LA HUMILDAD

> ***La humildad es la llave que abre el corazón de Jesús: la humildad es el gran secreto para realizar plenamente su vocación. Cuánto más humilde es uno, mayor bien hace. Nuestro Señor llevó a cabo la salvación del mundo por la humillación y la cruz. Dichoso quien se aplica a conocer a Jesucristo con espíritu de humildad*** **(TE p.119).**

Ante la Piedad de Montpezat, ¿cómo no rememorar esta palabra de Jesús; "Venid a mi todos los que estáis cansados?" La crucifixión donde la llamada de Jesús encontró su punto culminante prosigue su obra de salvación en el Verbo encarnado, yacente, con el corazón traspasado por la lanza del soldado: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón".

No se trata de establecer como virtud cualquier complejo de inferioridad o de culpabilidad. Las palabras de Jesús, ardientes de amor por nosotros, son el alimento que la Iglesia nos propone para meditar el día de la fiesta de la Beata María Rivier, fijada para el 3 de febrero. La Iglesia reconoce en aquello en lo que comulgó de manera más personal con Cristo Jesús y así nos confirma que María Rivier se entregó lo más que pudo a la mansedumbre y la humildad de Cristo. A lo largo de su vida se esforzó en dejarse recrear por esa gracia. La liturgia nos invita a acompañar a la Madre María Rivier por un camino hacia Aquel que es ternura y misericordia

No se trata de que imitemos la mansedumbre y la humildad de Jesús como algo exterior que hubiera que reproducir. No hay nada que adquirir o conseguir con nuestras solas fuerzas. Hemos de recibirlo todo. Dejar al Espíritu Santo que nos mueva y nos modele desde dentro para progresivamente vivir con Jesús esa vida mansa y humilde y dar fruto permaneciendo en Él. Un día, poco antes de su muerte, al mirar por la ventana, decía María Rivier:

> ***Mirad ese árbol. El frío y el viento lo han secado y sin embargo trabaja, se hunde en la tierra y un día lo veréis cargado de hojas, de flores y de frutos. Así hace Dios con las almas, las sumerge en su nada antes de hacer que aparezcan las flores y los frutos de las virtudes*** **(FM p.28).**

Dejemos primero a Jesús, Palabra del Padre, que nos invite a practicar la mansedumbre: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra" (Mt 5,4) Se trata, por nuestra mansedumbre, de recibir en herencia el Reino de los Cielos.

María Rivier nos invita a dejar que la mansedumbre de Jesús nos invada.

> ***El buen espíritu no es sino el espíritu de Jesucristo; así el espíritu de ira, de murmuración, de envidia y de crítica es opuesto a su espíritu de mansedumbre, de caridad y de amabilidad de unas para con otras*** **(EE p. 74).**
>
> **Hamon señala que María Rivier ponía en práctica sus consejos maternales. "Dios la había dotado de un gran corazón y de todas las cualidades que forman su cortejo: bondad, compasión, gratuidad, paciencia, firmeza de carácter, mansedumbre, generosidad" (EV p. 75).**

La mansedumbre de Cristo que habitaba el corazón de María Rivier se difundía entre todos: los pobres, las huérfanas y los miembros de su Congregación. Todas esas personas "eran atraídas por tanta bondad, todas las Hermanas le abrían el corazón con plena confianza y compartía con ellas todas sus penas***. El amor que tengo por mis Hijas,*** decía, ***me consume*** (EV p. 90).

Provista de un sano realismo, Madre Rivier conocía las dificultades que se presentan cuando se trata de amar a los otros con la mansedumbre del corazón de Jesús.

> ***Persuadíos de que, al entrar en la casa, no habéis pensado vivir, en adelante con Ángeles o con Santas… Sabíais que tendríais que vivir con vuestras semejantes, llenas como vosotras de enfermedades corporales y espirituales, llenas de flaquezas y de defectos*** **(EE p. 131).**

Lejos de detenerla, las debilidades y los defectos de los demás eran para María el momento de gracia para imitar al Señor.

> ***Jesús nos ha amado, nos ha soportado con paciencia y no cesa de amarnos y soportarnos a pesar de nuestros defectos, nuestra ingratitud y nuestra inconstancia*** **(EE p.132).**

Volvemos a encontrar aquí la vena evangélica que riega la vida de María: "Sed generosos como vuestro Padre es generoso" Dejemos ahora a la Beata María Rivier que nos hable de la humildad de Jesús, fuente de nuestra propia humildad. Se trata para nosotros de dejar que la humildad de Cristo rompa nuestras máscaras y aleje de nuestro ser la locura de querer dominar a los demás. M. Hamon no se equivoca. La humildad es la primera virtud de Madre Rivier y la que más deseaba para sus discípulas.

"Se puede decir que todas las lecciones de la Madre Rivier tenían por finalidad inspirar a sus Hermanas el aprecio por la humildad. Su mayor cuidado era que llegaran a amar la práctica de esta virtud. ***Sed humildes, luchad contra la propia estima, morid a vosotras mismas.*** Era como el resumen y el compendio de sus charlas. Creía haberlo dicho todo cuando había pronunciado esas palabras. Se las repetía continuamente, tanto a las mayores como a las jóvenes (EV p.107).

La Iglesia al beatificar a María Rivier ha resaltado el carácter esencial del carisma de la fundadora de las Hermanas de la Presentación. El día de su fiesta litúrgica, lo subraya la primera lectura de la misa con las palabras del apóstol Pablo: "Lo débil… lo despreciable del mundo, lo que no es nada, es lo que ha escogido Dios" (1 Co 26,31). Esa es la Madre Rivier. En eso es fiel al mensaje que había recibido de Nuestra Señora del Puy. "Pidió a la Santísima Virgen que le indicara cómo había de conducir a sus Hijas y le pareció oír esta respuesta en su interior: ***"Conduce a tus Hijas por la senda de la humildad" (EV p.107).***

Al terminar esta meditación podemos, por intercesión de la Beata Madre Rivier, pedir al Padre que seamos agradecidos. Demos gracias por los dones del Espíritu en ella y supliquemos al Señor que la Iglesia reconozca por su canonización que es un guía en el camino del Evangelio.

Dios Padre nuestro,
formaste en María Rivier
un corazón apasionado por tu gloria
y la salvación del mundo. Te bendecimos.
Infunde en nosotros
su amor ardiente por Jesucristo,
su fe en el poder de la oración,
su audacia apostólica,
su compasión ante cualquier miseria
Por intercesión de María, Madre de Jesús y Madre nuestra,
concédenos la gracia de su canonización.
Te lo suplicamos.

14 EL TORRENTE DE LAS DELICIAS

San Buenaventura llama a la Virgen María fuente de amor porque su amor nunca fue interrumpido pues infunde un movimiento perpetuo en todos los corazones como una fuente viva de llamas que calientan e inflaman a cuantos se acercan a ella. Hay que dirigirse a Aquella que es el rebosar de la alegría, la fuente del amor y el torrente de las delicias. Pidámosla insistentemente que encienda en nuestro corazón una de esas ascuas con las que abrasó el de los santos (VJC t.3 pp. 18-19).

La Virgen María, madre de los Dolores de Montpezat, a lo largo de los años, supo ganarse la mirada y el corazón de la pequeña minusválida. Ahí, María Rivier comprendió la maternidad universal de la Madre de Dios y también ahí aprendió a rezar con sencillez, a la Virgen María. Esta campesina del Vivarais habla con las palabras espontáneas de la confianza más audaz.

> ***"Virgen Santa, te lo pido, por favor, cúrame… Te lo repito, cúrame. Si me curas, vendré a verte todos los días; te traeré ramilletes y coronas. Si no me curas, ya no volveré. Virgen Santa, cúrame y te daré un sombrero. Te compadezco, eres muy pobre. Si me curas, le diré a mi madre que te dé un vestido bonito. Si no quieres curarme, me enfado. ¡Virgen Santa, cúrame, y te recogeré niñas, les daré clase y les diré que te amen (*VHP p. 16)!**

Al hilo de sus escritos se descubre lo que el Espíritu Santo hizo percibir a la Madre Rivier de la Santísima Virgen cuando la rezaba:

> ***Bienaventurada Virgen María, recibe la feliz noticia, tu Hijo ha resucitado y ya no lo volverás a perder. Lo engendraste mortal, pero ha resucitado inmortal, la muerte ya no tiene dominio sobre Él.* (VJC t. 3. P.2).**

Cuando llegue el tiempo de fundar la congregación de la Presentación de María, Madre Rivier mantendrá esta espontaneidad filial y gozosa para con la Madre de Dios.

En la fiesta de la Presentación de María en el Templo, recuerda a sus Hermanas cómo las ha escogido y favorecido Dios de un modo tan peculiar al llamarles a su servicio en ***una casa* totalmente *consagrada a Ella con el nombre de su Presentación; en una casa que se puede decir de verdad que le pertenece enteramente y que se puede llamar en el sentido más riguroso, su propiedad. Ella misma la fundó el día aniversario de su Presentación. Os confieso que, hasta aquella fecha tan memorable, ni mis compañeras ni yo habíamos conocido tal fiesta, y que ese día, o mejor dicho la víspera, tuvimos la inspiración y nos sentimos vivamente impulsadas a consagrarnos a Jesús y a María para trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas, bajo la advocación de la Presentación de María* (EE p. 62).**

Este año de 1796, en Thueyts, la pequeña escuela había abierto sus puertas después de recoger las castañas. Noviembre avanzaba y se iba a celebrar la fiesta de Santa Catalina. ¿Acaso no era Santa Catalina de Alejandría la patrona de los escolares? María Rivier, con sus compañeras,

maduraba el proyecto de hacer, de este 25 de noviembre, el día de su compromiso de consagrarse, *juntas*, a la educación cristiana de los niños. M. Pontanier, el sacerdote que se escondía en casa de la Srta. Bosc, su tía, conoce este proyecto. ¿Por qué no hacer este compromiso el día 21 de noviembre, día en el que se celebra la Presentación de la Virgen María en el Templo? María Rivier, que confiesa no haber conocido esta fiesta, se entusiasma. A la Compañía de San Sulpicio, a la que pertenece M. Pontanier, le gusta celebrarla, y es el día en el que los sacerdotes renuevan sus promesas. Para la Srta. Rivier, de entrada, el sentido de esta fiesta aparece en connivencia con la consagración que ella y sus compañeras han pensado. El acontecimiento evocado no tiene nada de histórico, es la expresión poética de una realidad profunda. Desde antes de la creación del mundo, María está presente en el pensamiento y en el corazón de Dios. Desde el despertar de su conciencia consiente en ese amor y se entrega por entero a Dios en su primer acto libre.

El fíat de la Anunciación no será más que el eco de ese don libre que anuncia ya el sí de Jesús al entrar en el mundo: "He aquí que vengo, Padre, para hacer tu voluntad" Se verá, también a María Rivier asociar la fiesta de la Presentación de Jesús a la de la Presentación de María. Para ella es el mismo misterio de ofrenda.

La familia religiosa de la Presentación de María está impregnada de un sabor mariano que se sitúa en un trasfondo permanente, en tonos intermedios más que en grandes afirmaciones, puntuales, pero pasajeras. Esta devoción mariana coincide ya con la táctica del concilio Vaticano II que, más que dedicar un documento especial a la Madre de Dios, preferirá señalar que ocupa un lugar en el misterio de la Iglesia.

La forma incluso de vivir su responsabilidad de fundadora y de superiora de la Presentación nos revela con qué confianza, discreta y ardiente, Madre María Rivier perseveró en su diálogo sencillo y filial como en Montpezat con la Madre de Jesús. Para María Rivier, la Virgen Inmaculada está siempre relacionada con Dios, ocupada de Dios. Por Ella camina con Jesús.

Desde 1803, se puso a dar charlas no sólo a sus comunidades, sino también a animar en las parroquias tiempos fuertes de retiro y de misión para las mujeres y para las jóvenes. Antes de reunirse con su auditorio, Madre Rivier rezaba con ardor a la Madre de Dios. "Dejaba escapar esas vivas aspiraciones que eran su respiración: ***Virgen Santa, ven en mi auxilio. ¿Me vas a negar lo que te pido? Sabes muy bien que es por tu divino Hijo y por ti"*** **(VHP p.106).**

Instalada en Thueyts, la nueva Congregación ve que se levantan contra ella calumnias, denuncias y otros sinsabores. María Rivier para defenderse no escribe al Prefecto o al Emperador, sino a Nuestra Señora del Puy. Es el 12 de agosto de 1804:

Mi buena Madre, tú que me has inspirado la idea de abrir este pequeño establecimiento para instruir a la juventud, siendo yo tan indigna de consagrarme a una obra tan santa, dígnate tomarla de nuevo bajo tu auspicio. Es tu obra; la has formado, la has sostenido en sus persecuciones y, si por un momento dejas de protegerla ante tu divino Hijo, dejará de existir. Sé, pues, siempre, nuestro apoyo **(VHP p.114).**

En 1810, el obispo de Viviers, al dar un nuevo destino a M. Pontanier, uno de los sacerdotes que han sostenido a la Madre Rivier en la fundación, le impide su labor de acompañar a la naciente Congregación. Llama en su ayuda a la Madre de Dios con la misma disponibilidad de corazón que ésta en la Anunciación

Santísima Virgen, nuestra fundadora y buena Madre, me atrevo a pedirte que nos lo dejes aún, pero que la voluntad de Dios y la tuya se cumplan en todo y por doquier **(VHP p.34).**

Más tarde se encontrará esta oración escrita de su puño y letra. En ella se presenta tal como es: con sus escrúpulos y su apasionada confianza. Y siempre esa voluntad de hacer lo que agrada a Cristo como lo supo hacer la Virgen María.

Virgen María, mi buena y tierna Madre, fundadora de nuestra familia de la Presentación, dígnate escuchar el deseo de tu humilde e indigna sierva, que te suplica aceptes su dimisión del cargo que ocupa, si ésta es la voluntad de tu divino Hijo y la tuya. Que te dignes elegir para tus pobres hijas una superiora según tu corazón **(EV p. 101).**

Al final de su vida, Madre Rivier hizo acondicionar una habitación de la casa de Bourg- Saint-Andéol para honrar en ella la vida de Nazaret. José enseña a Jesús su oficio, mientras María hila. Todo respira la vida humilde y orante de la Sagrada Familia. Es la llamada incesante de María Rivier.

Viva María, viva su amor en el corazón de mis queridas Hijas que dejo en el de nuestra buena Madre del cielo. La Congregación sólo puede sostenerse con la oración continua en unión con María **(TE p. 38).**

Para María Rivier, la Presentación de María en el Templo es el modelo de toda consagración. Para todo cristiano la Virgen María puede ser modelo de ofrenda a Dios, de consentimiento a su designio de amor. En esto Ella es discípula de Jesús que vive en Ella y la guía por su Espíritu.

Hoy podemos rezar como le gustaba a María Rivier. Nos lo enseña:

Oh Jesús que vives en María,
ven y vive en nosotros
con tu Espíritu de santidad,
con la plenitud de tu poder
con la perfección de tus caminos,
con la verdad de tus virtudes,
con la comunión de tus misterios;
domina sobre todo poder enemigo
con tu Espíritu
y para gloria del Padre.
Amén

FELIZ LA QUE HA CREÍDO

> *La Encarnación, como dice Santo Tomás, se hace en forma de alianza. La bienaventurada Virgen María representa a la humanidad entera, el Verbo se desposa con nuestra humanidad, pero la Virgen María ha de consentir por nuestra parte para que la Alianza esté acabada…He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra ¡Qué grande es su fe!* (VJC t. 1 p. 37).

Con María Rivier volvamos a la Piedad de Montpezat. La Virgen María sostiene en sus brazos la salvación del mundo. Momento capital en la historia de la humanidad: entre la muerte en la cruz y la Resurrección. La Madre de Dios está ahí, en el centro del misterio pascual que es el centro de nuestra fe. Lo primero que hacemos es maravillarnos, y Ella es la primera en cantarlo: "El Poderoso han hecho en mi maravilla, santo es su Nombre" (Lc 1,49).

El fulgor de la Virgen Inmaculada también lo celebra toda la Iglesia, en el símbolo de la fe de Nicea-Constantinopla: "Por el Espíritu Santo tomó carne de la Virgen María y se hizo hombre"

La Iglesia nos recuerda cuál ha de ser una verdadera devoción a la Virgen María. Como nuestro Credo es de una notable sobriedad, hemos de ser muy sobrios cuando hablamos de la Madre de Jesús.

La pequeña Rivier encontró a la Virgen María y tuvo con Ella mucho trato al verla asociada a su Hijo hasta el don supremo de su vida. Sí, vio a María en relación con el misterio de su Hijo, escogida para ser su madre, como la que escuchó la Palabra de Jesús y la puso en práctica, la que caminó en pos de Él y le siguió hasta la cruz.

María Rivier se apropia la fe de la Iglesia cuando venera a María Inmaculada, la primera de los rescatados en una oración impregnada de la alegría pascual proclamada en el canto del Exultet:

> ***Bienaventurada Madre de Dios, has recuperado la gracia que desgraciadamente habíamos perdido, devuélvenosla, por favor. ¿No es justo devolver lo encontrado a quien lo había perdido? Nuestra desgracia ha sido quizá el motivo de tu felicidad. Esperamos también que hagas de él objeto de tu misericordia. Puesto que Dios no te ha hecho la más dichosa de las criaturas más que para que tengas compasión de los miserables, Virgen Santa, ten piedad de nosotros*** **(VJC t. 1, p. 25).**

Con esta mirada de fe es como le gustaba a Madre Rivier contemplar a la Virgen Inmaculada:

> ***Jesús amó a María con un amor tan singular y eminente que la eligió especialmente y se unió a Ella de forma muy estrecha, íntima y familiar. Se encerró en sus purísimas entrañas e hizo en ellas su más deliciosa morada durante nueve meses*** **(VJC t. 2, pp. 19-20).**

Desde la Anunciación, la fe habita el ser profundo de la Virgen María. En la Visitación fue esa fe la que llenó de asombro a su prima Isabel.

La fe de María, Madre de Dios, no fue más sencilla que la nuestra; también Ella progresó en el camino de la fe. En Caná, cuando las bodas, Cristo puso a prueba la fe de María. Eso se reproducirá otras veces en los evangelios. A los ojos de Jesús, lo que cuenta, ante todo, no es la maternidad carnal de María. Lo primero es su fe. Jesús llama a su Madre a proseguir la total entrega de sí misma a Dios, a renovar el acto de fe de la Anunciación.

Madre Rivier volverá a menudo sobre ese consentimiento de la Madre de Dios, un sí repetido a lo largo de su vida. La obediencia de María es el fruto de su fe.

> ***Jesús recibe su ser humano de la obediencia de la bienaventurada Virgen. ¡Qué eficaz es ese fiat! Esa palabra de sumisión y de obediencia, hace alianza entre Dios y los hombres y restablece la paz en el universo*** **(VJC t.1, p. 107).**

En una meditación muy acertada, María Rivier pone el acento en la libertad del creyente. La obediencia de la fe en la Palabra de Dios no puede ser más que una respuesta libre y amorosa, como fue el sí de la Virgen Inmaculada en la Anunciación.

> ***La Santísima Trinidad, aquí presente, espera la respuesta de la Virgen y contempla su modestia y su humildad con amorosa complacencia…. María, aprendiste por boca del Ángel las maravillas que Dios quería hacer en ti y por ti; Él espera tu consentimiento… también nosotros lo esperamos…Haz oír esa palabra que espera el cielo y la tierra…Tu palabra nos abrirá el cielo…*** **(VJC t.1 pp.37-38).**

¡Cuántas veces en los evangelios vemos a Jesús admirar la fe de los que se le acercan! ¡Cuánto hubo de maravillarse de la fe de María, su Madre, que le permitió realizar su misión! Así pues, no es extraño que nos haya dado a su Madre para que en adelante sea también la nuestra:" Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa (Jn. 19, 26-27). Como Juan, el discípulo, María Rivier acogió a María en su casa. La Virgen es para ella la Madre, pero también la hermana, la amiga a quien escribe en sus dificultades, con la confianza de que la llevará por el camino seguro de la voluntad de Dios.

María de Nazaret cooperó en la obra del Salvador por su obediencia, su fe y su ardiente caridad. Por eso es para nosotros una madre en el orden de la gracia.

La Beata María Rivier, mujer de fe ardiente, mandó escribir en las paredes de su casa de Bourg-Saint-Andéol esta oración que podemos hacer nuestra:

> ***Virgen Santa, Madre de Dios, ¡sé para siempre nuestra verdadera Madre!***

Dejemos a la querida Madre Rivier el cuidado de ponernos en camino, en la fe y el amor del Cristo amado:

Cuándo diremos de una vez por todas,
como la Santísima Virgen
¡Fiat! Que la voluntad de Dios
se cumpla en nosotros
¡Fiat! salgamos de esta tibieza,
entremos en el fervor,
quitemos este obstáculo
que se opone a nuestra santidad,
seamos fieles a la gracia,
hagamos el bien mientras podamos…
¡Fiat!
(VJC t. 1 p. 5).

DIRECCIONES

Casa general de la Presentación de María
Viale Pio XI, 29
00040 Castel Gandolfo (Roma)
Italia

Presentación de María
Casa Provincial
Cruz Blanca, 4
01012 Vitoria-Gasteiz (Álava)

Présentation de MARIE

https://soeurs-de-la-presentation-de-marie.org/pom/es/inicio/

La Presentación de María está presente en

Europa	España, Francia, Inglaterra, Irlanda, Italia, Portugal (continente y Madera) y Suiza.
América del Norte	Canadá y Estados Unidos.
América del Sur	Brasil y Perú.
África	Burkina Faso, Camerún, Gambia, Mozambique, Senegal y Ghana.
Asia	Filipinas, Indonesia y Japón.

ÍNDICE

1. Salvar este pobre mundo
2. Su corazón de fuego, su Espíritu Santo
3. Copias vivas de su Hijo muy amado
4. La obra del corazón
5. La cruz, señal de victoria
6. Tomar su cruz
7. No buscarse nunca a sí mismo
8. Lo reconoceremos en los pobres
9. Un éxtasis de alegría increíble
10. Un evangelio abierto
11. Jesús paga al contado
12. He aquí al Esposo
13. Conduce a tus Hijas por la humildad
14. El torrente de las delicias
15. Feliz la que ha creído

REZAR 15 DÍAS

María Rivier (1768-1838) fundó una Congregación religiosa en las difíciles condiciones de los años de la Revolución francesa, cuando los Institutos religiosos se habían disuelto. Su vida se enraíza en la experiencia de un encuentro, el que ella vivió, una **pequeña minusválida depositada ante una Piedad**, mientras sus padres trabajaban. Jesús revela a esta niña el gran misterio: "*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo …"* La niña comprende poco a poco la omnipotencia del Amor. Implora su curación, pero va más lejos, más arriba:" *Si me curas, te recogeré niñas, les daré clase y les diré que te amen".* María Rivier fundará la **Presentación de María para la educación de los niños y de los jóvenes,** a fin de llevar el Evangelio a todos y ayudar a los que sufren. El aliento de su vida es la oración en la línea de la espiritualidad de la Escuela francesa. Ella nos enseña a acoger el misterio del Amor entregado que representa la Piedad de Montpezat en la que vemos a Jesús y a María unidos en un mismo misterio de compasión. Nacida en Ardéche, su Congregación hoy está presente en 20 países. María Rivier **fue beatificada** por Juan Pablo II en 1982.

Daniel Coffigny es sacerdote de la diócesis de Créteil. Ha publicado muchos escritos poniendo de relieve la actualidad de los Padres de la Iglesia. Da conferencias y anima retiros.